

Boletín Oficial Eclesiástico
DE LA
DIOCESIS DE SEGOVIA

Nº 2. Abril - junio 2022

OBISPADO DE SEGOVIA

C/ SEMINARIO, 4
40001 SEGOVIA

Teléfono: 921 460 963 - Fax: 921 460 964

E-mail: obsegovia@planalfa.es

SUMARIO

IGLESIA DIOCESANA

I.- Obispo de la Diócesis

Decretos:

Comisión permanente del Consejo Presbiteral, *p. 99*

Sacerdotes elegidos para el Consejo de Pastoral, *p. 100*

Comisión diocesana para el mantenimiento de la Iglesia, *p. 101*

Extinción del Montepío del Clero, *p. 102*

Carta a todos los diocesanos:

Colecta para Ucrania, *p. 105*

Homilía:

En la Misa crismal en la Catedral, *p. 106*

Sermón de las Siete Palabras:

Viernes Santo en la iglesia parroquial de San Miguel, *p. 112*

Escritos Pastorales:

La adúltera y Pablo de Tarso, *p. 135*

Triduo Pascual, *p. 137*

Huellas del misterio, *p. 139*

Ha resucitado, *p. 141*

Se apareció de esta manera, *p. 143*

¡Adiós, Hermanas del Císter!, *p. 145*

San Juan de Ávila, maestro ejemplar del pueblo, *p. 148*

Acompañar en el sufrimiento, *p. 150*

Como estrenando cuerpo, *p. 152*

El Sínodo en la perspectiva de Pentecostés, *p. 154*

¿Politeísmo cristiano?, *p. 156*

Corpus Christi, fuente de caridad, *p. 158*

El hombre es misión en la tierra, *p. 160*

Confirmaciones, *p. 162*

Visita pastoral, *p. 162*

Agenda del Sr. Obispo, *p. 164*

II.- Cancillería - Secretaría General
Nombramientos, p. 68

IGLESIA EN ESPAÑA

Conferencia Episcopal
Nota de prensa final de la 258 reunión de la
Comisión Permanente, p. 173

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre.
Carta apostólica "Desiderio desideravi", p. 181

VARIOS

Mons. Argüello, Arzobispo de Valladolid, p. 215
La Virgen del Henar peregrina, p. 216
Bodas jubilares sacerdotales, p. 218

IGLESIA DIOCESANA

I. OBISPO DE LA DIÓCESIS

DECRETOS

Comisión permanente del Consejo presbiterial

CÉSAR AUGUSTO FRANCO MARTÍNEZ OBISPO DE SEGOVIA

Habiendo tenido lugar en el día de hoy la primera Sesión Plenaria del nuevo Consejo Presbiterial, constituido el día 15 de marzo de 2022, se ha procedido a la elección por votación secreta de los miembros que han de constituir la Comisión Permanente de este Consejo.

Conforme al artículo 13 del Estatuto del Consejo Presbiterial había que elegir un vicario, que preside cuando no está presente el Obispo, y cuatro miembros del Consejo, siendo su secretario el canciller de la Curia, que es el secretario del Consejo.

En virtud de lo cual y conforme al resultado de las votaciones,

DECRETO

La Comisión Permanente del Consejo Presbiterial estará constituida por un periodo de cinco años, como el propio Consejo, e integrada por los siguientes señores:

- Ilmo. Sr. Don Mariano Sanz González, vicario judicial.
- Ilmo. Mons. Alfonso M^a Frechel Merino, canciller.
- Rvdo. Sr. Don Fernando Mateo González.

- Rvdo. Sr. Don Jesús Riaza Cabezudo.
- Rvdo. Sr. Don Pablo Montalvo Muñoz.
- Rvdo. Sr. Don Edilberto Leonardo López.

Y, para que conste, lo firmo y sello en Segovia, a 8 de abril de 2022.

+ César, Obispo de Segovia

Por mandato
Mons. Alfonso M^a Frechel, canciller

Sacerdotes elegidos para el Consejo de Pastoral

**CÉSAR AUGUSTO FRANCO MARTÍNEZ
OBISPO DE SEGOVIA**

Habiendo tenido lugar en el día de hoy la primera Sesión Plenaria del nuevo Consejo Presbiteral, constituido el día 15 de marzo de 2022, se ha procedido a la elección por votación secreta de los cuatro sacerdotes que deberán pertenecer al Consejo Diocesano de Pastoral.

En virtud de lo cual

DECRETO

Los sacerdotes que tomarán parte del Consejo Diocesano de Pastoral, elegidos por el Consejo Presbiteral, son los siguientes:

- Ilmo. Mons. Andrés de la Calle García.
- Rvdo. Sr. Don Santos Monjas Aguado.

- Rvdo. Sr. Don Francisco Javier Martín de Arce.
- Rvdo. Sr. Don Florentino Vaquerizo Gómez.

Y, para que conste, lo firmo y sello en Segovia, a 8 de abril de 2022.

+ César, Obispo de Segovia

Por mandato
Mons. Alfonso M^a Frechel, canceller

Comisión diocesana para el mantenimiento de la Iglesia

CÉSAR AUGUSTO FRANCO MARTÍNEZ OBISPO DE SEGOVIA

Desde el secretariado para el Sosténimiento de la Iglesia de la Conferencia Episcopal Española se desea impulsar en los fieles cristianos una conciencia más profunda y amplia en la corresponsabilidad económica, propia de todos los bautizados en cuanto Cuerpo Místico de Cristo, de colaborar para que las obras e instituciones de la Iglesia, y de cada diócesis, se puedan llevar a cabo con el fin de evangelizar de modo más eficaz que alcance a todos los niveles de la sociedad: familia, cultura, educación, medios de comunicación social, desarrollo integral de la persona, etc.

Para desarrollar esta conciencia de corresponsabilidad económica se propone a cada diócesis **constituir una Comisión Diocesana para el Sosténimiento de la Iglesia**, que asuma el impulso de esta tarea mediante los cauces que considere más idóneos y eficaces. Por todo ello, después de haber realizado diversas consultas,

DECRETO**Constituir la Comisión Diocesana
para el Sosténimiento de la Iglesia,**

que estará formada por los siguientes miembros:

- Ilmo. Sr. Don Francisco Jimeno Mardomingo, Vicario de pastoral, presidente de la comisión.
- Ilmo. Sr. Don Rafael de Arcos Extremera, ecónomo diocesano.
 - Don Luis David San Juan Pajares.
 - Rvdo. Sr. Don Ángel Emilio Gelves Ortiz.
 - Doña Belén Palomar.
 - Doña Marta Pascual de Lucas.

Y, para que conste, lo firmo y sello en Segovia, a cinco de abril de dos mil veintidós.

+ César, Obispo de Segovia

Por mandato: Mons. Alfonso M^a Frechel, canciller

Extinción del Montepío del Clero

**CÉSAR AUGUSTO FRANCO MARTÍNEZ
OBISPO DE SEGOVIA**

El Montepío de Socorros y Sufragios Mutuos del Clero Segoviano es una sociedad eclesiástico-benéfica, fundada en 1898 por el Excmo. y Rvdm. Sr. D. José R. Quesada y Gascón, Obispo de Segovia. El 28 de enero de 1985, mi predecesor, el Excmo. y Rvdm. Sr. D. Antonio Palenzuela

Velázquez, aprobaba los Estatutos que han regido el Montepío hasta el día de hoy.

Desde entonces han surgido en la Iglesia otras instituciones que se encargan de la sustentación del Clero diocesano y de su seguridad social. Esto ha hecho que sociedades semejantes a las del Montepío de Segovia hayan perdido interés y relieve en las iglesias particulares. Así me lo expresó recientemente el actual Consejo de gobierno del Montepío, pidiéndome su extinción a tenor del capítulo IX § 2 de sus Estatutos, como consta en el acta de dicho Consejo del pasado 5 de abril, que constituye el anexo 1 de este decreto del que forma parte. Los motivos para solicitar esta extinción, además de los expuestos en el capítulo citado, pueden resumirse de esta manera: falta de interés por el Montepío en el clero diocesano, que se manifiesta, entre otras cosas, en la imposibilidad de encontrar sacerdotes que quieran asumir los cargos necesarios para su gestión al haber dimitido los actuales de sus distintos cargos.

Con el fin de mantener el espíritu que hizo nacer el Montepío y lo establecido por el artículo 26 de los Estatutos, el Consejo del Montepío, bajo la presidencia del Obispo, determinó que el dinero existente en la cuenta bancaria del Montepío y el depósito existente en la administración económica se distribuyan, según consta en el acta del Consejo, de la siguiente manera: «La mitad a misas y sufragios por los miembros del Montepío y la otra mitad para que se dedique, desde el Instituto de Sustentación del Clero, a las necesidades de los socios del Montepío que, según el capítulo I de los Estatutos, requieran ayuda por ancianidad, enfermedad u otras imposibilidades». El Consejo decidió también que «en caso de que el fondo del Montepío no se agotara en la ayuda de los actuales miembros de dicha institución, se podrá ampliar a otros sacerdotes incardinados de la diócesis con las mismas finalidades de sufragios y ayudas en sus necesidades materiales».

Estas decisiones fueron comunicadas a todos los miembros del Montepío convocados a una reunión extraordinaria el pasado 8 de junio y, posteriormente, por carta, fechada el 9 de junio, a todos los presentes y ausentes en dicha reunión. Por todo ello,

Decreto la extinción del Montepío de Socorros y Sufragios Mutuos del Clero Segoviano

al tiempo que encomiendo al Instituto de Sustentación del Clero la fiel ejecución de lo establecido en este decreto, de manera que la mitad de todos los haberes existentes en la cuenta bancaria, cuyo titular es el Montepío y el depósito existente en la administración económica diocesana se constituyan, por este decreto, como fundación pía no autónoma con la finalidad de soportar sufragios por los sacerdotes, miembros del Montepío, y la otra mitad se constituya como un fondo económico con autonomía contable dentro del patrimonio del Instituto para la Sustentación del Clero, y que tendrá la finalidad establecida en el acta del Consejo del Montepío de ayudar a los sacerdotes que lo necesiten, siempre con las condiciones establecidas en el acta del Consejo del Montepío y citadas en la exposición de motivos de este decreto. La responsabilidad de que se cumplan los sufragios por los sacerdotes difuntos recaerá en el Vicario del Clero o quien desempeñe este encargo, para lo cual solicitará los haberes necesarios al Instituto para la Sustentación del Clero y recibirá del secretario del Montepío el elenco de los sacerdotes que forman parte del mismo el día 12 de junio de 2022.

El secretario del Montepío entregará el archivo de la institución al canciller de la curia diocesana, quien mantendrá en el archivo corriente los documentos que considere necesarios para el cumplimiento de este decreto, y ordenará que los restantes pasen al archivo histórico diocesano, donde serán debidamente catalogados y custodiados.

Y para que conste a todos los efectos, lo firmo y sello en Segovia a doce de junio de dos mil veintidós.

+ César, Obispo de Segovia

Por mandato: Mons. Alfonso M^a Frechel, canceller

CARTA A TODOS LOS DIOCESANOS

Segovia, 15 de marzo de 2022

La cercanía de la Semana Santa me ha parecido una ocasión oportuna, litúrgica y pastoralmente, para proponer a toda la diócesis una colecta extraordinaria para paliar la situación dramática por la que pasa nuestro país hermano de Ucrania.

Las prácticas penitenciales de la Cuaresma nos urgen a la oración, la limosna y el ayuno. El Triduo Pascual nos invita a unirnos a la pasión de Cristo y resurrección de Cristo que incorpora a todos los seres humanos que viven auténticos calvarios y esperan el triunfo de la resurrección. Estos aspectos del tiempo litúrgico son propicios para expresar nuestra caridad con los hermanos ucranianos mediante la colecta que se hará en toda la diócesis **el domingo de Ramos, 10 de abril**, que une en su liturgia la pasión y el triunfo de Cristo. Por su parte, los sacerdotes, como hacen todos los años durante la Misa Crismal, ofrecerán su colecta para las necesidades del pueblo ucraniano.

La diócesis, a través de la Cáritas diocesana, ofrece, además, el uso de algunas casas parroquiales rehabilitadas para la acogida de refugiados y otras plazas de residencia en la actual sede de Cáritas (antiguo convento de las Fran-

ciscanas de la Tercera Orden, conocidas como Juaninas). Exhorto a los segovianos a practicar la hospitalidad, propia del cristianismo desde sus orígenes, poniendo a disposición, en la medida de sus posibilidades, lugares de residencia para familias o personas que han salido de Ucrania a la espera del fin de la guerra y del establecimiento de la paz.

Pidamos al Señor, como venimos haciendo desde el inicio de esta inmensa tragedia, que la pasión, muerte y resurrección de Cristo establezca de nuevo la paz y la fraternidad en Ucrania.

Que Dios bendiga y premie vuestra generosidad.

Con mi afecto y bendición

+ César, Obispo de Segovia

HOMILÍA

He ungido a mi siervo con óleo sagrado
Homilía para la misa crismal

Segovia, 11 de abril de 2022

La Misa Crismal es un anticipo gozoso de la Pascua. La Iglesia, antes de celebrar el triduo sacro, nos ofrece una visión unitaria del misterio de Cristo, al que contempla en esta celebración como primogénito de entre los muertos, el que es, el que era y el que vendrá, el Alfa y la Omega de la historia, el Señor todopoderoso. Confiesa, además, que él nos ha redimido por su sangre y nos ha constituido en «reino y sacerdotes para Dios su Padre» (Ap 1,6). Todos

nosotros, por el bautismo y el orden sacerdotal, somos «la estirpe que bendijo el Señor», «sacerdotes del Señor, ministros de nuestro Dios» (Is 61,8).

En esta liturgia la Palabra de Dios nos revela el plan del Dios Creador y Renovador del universo que fija su mirada en la humanidad doliente, en los corazones heridos, en los cautivos, en los tristes y los que hacen duelo. Dios viene a consolar, a sanar, a vestirnos de fiesta y ungirnos con el óleo de la alegría. Las vasijas del óleo y del crisma que traeremos en solemne procesión simbolizan los dones de la creación, y en especial el aceite sanador, que recupera su belleza perdida por el pecado, y se nos regala como medicina, santificación y liberación de todas las opresiones que tienen su origen en el pecado. ¡Cuánto necesitamos celebrar hoy esta eucaristía! Si miramos el mundo con los ojos Dios encontramos muerte, desolación, luto, crímenes fratricidas y sacrílegos, como ha llamado el Papa Francisco a la guerra en Ucrania. Es imposible quedar impasibles ante el horror que el odio y la muerte siembran entre los hombres que somos hermanos. La celebración de hoy tiene como horizonte la salvación integral del hombre — cuerpo y alma — que Dios realiza como Señor del mundo, el único que puede salvarnos del pecado y de la muerte.

El hecho de que una criatura como el aceite se convierta en instrumento de sanación y santificación quiere decir que Dios tiene poder para renovar su creación, y al hombre entero, con el poder de su gracia. Las entrañas de Dios se conmueven ante el sufrimiento de los pueblos y envía a su Hijo para que, con criaturas tan sencillas como el agua, el pan, el vino y el aceite, renueve y perfeccione lo que el pecado intenta destruir. En esta acción litúrgica la creación se renueva y recupera la alabanza primigenia que Dios mismo entonó cuando dijo «que todo era bueno». El poder destructor del pecado no es absoluto. Tiene remedio. El hombre puede ser sanado, restaurado y devuelto a la crea-

ción como quien la custodia y perfecciona. La acción de Dios se hace patente en el fruto del olivo, que nos unge como cristianos, nos consagra como ministros, nos fortalece en nuestra fragilidad y nos perfuma con la alegría del evangelio. El duelo, la ceniza y el luto dan paso al consuelo, a las galas de fiesta y a la alegría. Así obra el Dios misericordioso. La creación se ve libre de la esclavitud del pecado, como enseña el Papa Francisco, cuando el hombre reconoce el señorío de Dios en ella y alaba a Dios uniéndose a la alabanza que brota de su misma naturaleza. Y el hombre, unido a todos sus hermanos, alcanza su dignidad plena cuando se mira en el Creador y reconoce que está hecho a su imagen y semejanza.

Para que el plan de Dios se realice en todas sus dimensiones, Dios no se ha contentado con enviar a su Hijo, sino que se ha escogido un pueblo sacerdotal para realizar la liturgia de la creación renovada. El hombre restaurado en Cristo es sacerdote que dirige la creación hacia su término mediante la liturgia del trabajo, del amor conyugal, de la constitución de familias que, como iglesias domésticas, celebran cada día la vida nueva del Resucitado. Queridos cristianos de Segovia, Dios ha puesto en vuestras manos la gozosa responsabilidad de ofrecer vuestras vidas a Dios en el culto de la verdad, la rectitud, la justicia social, la caridad con los más desfavorecidos. Ungidos por el bautismo sois Cristo para la sociedad, el Cristo que hoy nos recuerda que ha venido a ungirnos con su misión de Mesías para que nos convirtamos todos en un pueblo, escogido de entre los pueblos de la tierra, que tiene como título la estirpe del Señor, su descendencia. Ningún cristiano puede renunciar a la misión de Cristo. Se convertiría en sarmiento estéril de la vid, en sal insípida. Renunciaría a la paternidad de Dios que hace de cada uno de nosotros hijos muy amados. Lo que se ha llamado en estos tiempos últimos la «apostasía silenciosa» de los cristianos es una de las causas por las que

este mundo va hacia la deriva y se convierte en un desierto donde la acedia engendra, como enseñan los Padres, todo tipo de pasiones, de desolación y de muerte. Dios no expulsó del paraíso a nuestros primeros padres para condenarlos a la infelicidad, sino para que la memoria de su dignidad perdida los llevara a convertir este mundo en una réplica del que disfrutaron en los orígenes de la historia. Para esto vino Jesucristo en la realidad de nuestra carne y actúa ahora en esta liturgia de la misa crismal.

Su acción se hace patente gracias al ministerio que nos concedió a los ministros ordenados. A través de los signos litúrgicos que nos introducen en el misterio inaprensible a los sentidos, Cristo actúa, por medio del obispo y de su presbiterio, para realizar la salvación en la historia. Dios es autor de la liturgia, no el hombre, porque solo Dios puede intervenir en la historia de manera definitiva y eficaz para liberar al hombre y a la creación entera de la esclavitud del pecado.

El ministerio sacerdotal no es una estructura inventada por los hombres para organizar la iglesia según los parámetros y pretensiones de cada época. El ministerio sacerdotal tiene sus raíces y fundamento en la persona misma del Mesías, el Ungido de Dios que ha querido hacernos partícipes de su propia unción y compartir con los elegidos su misión salvadora. Por eso, nuestro ministerio, ahora y siempre, estará marcado por el signo de contradicción que configuró a la persona misma de Cristo. Cualquier intento que lleve al sacerdote a desmarcarse de la contradicción que conlleva el ministerio lo convertirá en un ser aislado, estéril, mundanizado, aceptado quizás por la sociedad del momento, pero extraño para sí mismo y para la iglesia a la que ha sido destinado. Jesús sufrió en sus propias carnes, como vamos a celebrar en estos días, la contradicción de venir a salvar y ser rechazado; de querer dar la vida y ser condenado a muerte; de revelar los misterios de Dios y ser llamado blasfemo y endemoniado. Nunca pretendió el éxito munda-

no, ni siquiera ser aceptado con el aplauso de las multitudes. Huyó del intento de nombrarlo rey, guardó silencio ante quienes le juzgaban y se burlaban de él, y, en el colmo del amor, se ofreció en la cruz al Padre desoyendo a quienes le reclamaban que fuera eficaz, que bajara de la cruz y diluyera su identidad agradando a sus contemporáneos.

¿Quién puede creer, si no es con la gracia de Cristo, que un poco de aceite santifica al hombre? ¿Quién acepta, sin ayuda del misterio, que unas breves palabras pueden absolver al penitente de sus pecados? ¿Quién, en el lecho de muerte, puede reconocer en el óleo de los enfermos que se le promete la inmortalidad si no reconoce en el Crucificado al que resucitará de entre los muertos? Nuestra sociedad, queridos hermanos cristianos y sacerdotes, ha dado la espalda al misterio. Como a Jesús, nos reclamamos signos milagrosos, eficaces, como si el poder espiritual que ostentamos pudiera equipararse al poder temporal que tanto daño ha hecho en ocasiones a la Iglesia. Nuestra poder o autoridad está en el Siervo de Dios, muerto y resucitado. Nuestra misión vive de la contradicción del Mesías Jesús, como repetidamente enseña san Pablo. Nuestro ministerio no puede ser entendido desde concepciones de liderazgo que busca, de manera más o menos encubierta, el dominio de los demás, con clericalismos de izquierdas o derechas, si se nos permite hablar así. Nuestro ministerio se realiza en el Espíritu, no en la carne; y no es un espíritu cualquiera —sincretista, ideológico, o meramente humano—, sino que se trata del Espíritu de Cristo, el mismo que en la acción litúrgica convierte el óleo en crisma de salvación, y el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. ¿Pensamos que nosotros, con nuestras capacidades, podemos realizar semejante intercambio? ¿Pensamos que podemos ofrecer al mundo una salvación que nos trasciende y supera al tener su origen en Dios? ¿No es esto motivo suficiente para agradecer a Dios que un día nos eli-

giera, por medio de su Hijo, para configurarnos con él y participar del ministerio encarnado en su persona?

Cuando dentro de unos momentos renovemos nuestros compromisos sacerdotales que han hecho de nosotros un pueblo sacerdotal y un presbiterio unido por la acción del Espíritu, se nos invita a alegrarnos con toda la creación y alabar a Dios porque ha hecho con nosotros obras grandes. Así hemos proclamado en el salmo responsorial que recoge los contenidos teológicos y espirituales de esta liturgia de alabanza: «Cantaré eternamente tus misericordias, Señor». La razón de este cántico la comunica Dios en persona: «He ungido a mi siervo con óleo sagrado; para que mi mano esté siempre con él y mi brazo lo haga valeroso. Mi fidelidad y misericordia lo acompañarán, por mi nombre crecerá su poder». A pesar de nuestra pequeñez y pobreza, Dios nos ha ungido y su presencia —simbolizada en la mano y el brazo del Señor— nos hace valerosos. Gracias a su nombre, crecerá nuestro poder. En el mundo somos, ciertamente, un signo de contradicción, como lo fue Cristo, pero la fuerza y el poder del Espíritu —superiores a cualquier dominio temporal— nos acompañarán siempre. Nuestra pobre vida insignificante a los ojos de este mundo se convierte, por la unción de Cristo, en el signo de la presencia salvadora de Dios que ofrece esperanza y alegría a la humanidad, amenazada por todo tipo de esclavitudes. Dios se abaja hasta nosotros; lo hizo en la encarnación, en su pasión y su muerte. Lo hace ahora en el humilde aceite de la alegría, que anticipa ciertamente la unción de su muerte, pero, sobre todo, la gloria que resplandecerá en la solemne vigilia pascual. Cantemos, por tanto, su misericordia, y renovemos nuestra fidelidad que nos permite vivir y actuar como ministros de la salvación. Amén.

SERMÓN DE LA SIETE PALABRAS

El amor consumado

Sermón de las siete palabras predicado en la iglesia de San Miguel por Mons. César A. Franco Martínez, obispo de Segovia. (Segovia, viernes santo, 15 de abril de 2022)

El gran silencio que comienza el viernes santo después de la celebración de la muerte del Señor es el signo litúrgico más elocuente del estupor que invade a la iglesia y al universo ante la muerte del Hijo de Dios. Que Dios haya gustado la muerte por todos (cf. Heb 2,9) no cabe en la lógica humana. Pertenece a la sabiduría y revelación de Dios. Si Dios ha muerto, todo queda en suspenso ante la amenaza de que fracase la creación y su criatura más excelsa, el hombre. Si todo se sostiene en Cristo (cf. Col 117), ¿qué sucede si muere? Sólo cabe el silencio. Todo enmudece como signo del Verbo acallado por la muerte. No hay palabras para explicar este misterio.

¿Por qué venimos entonces aquí? ¿A escuchar un sermón? ¿Acaso puede la palabra, aunque sea de un obispo, esclarecer el misterio? ¿O venimos porque el silencio de Dios en Cristo nos sobrecoge de tal manera que necesitamos aliviarlo escuchando a quien está a punto de morir? Para superar esta paradoja, queremos subir al Calvario, situarnos ante el Crucificado en sus horas de agonía y escuchar sus últimas palabras que, pronunciadas en aquel terrible trance, constituyen el testamento último de Jesús.

Permitidme una consideración previa: Quienes han estudiado desde el punto de vista médico la agonía de Jesús han quedado asombrados ante la fortaleza que mostró en su estado de crucificado para poder hablar. Los temblores producidos por la fiebre y el tormento de la sed añadían, a la dificultad de respirar, un esfuerzo sobrehumano

si deseaba hablar. Debía apoyarse sobre el soporte de los pies clavados en la madera, levantar el pecho con ayuda de los brazos y aspirar el poco aire que le permitía tal posición. Jesús lo hizo porque quiso hablar. El Verbo de Dios culminó su ministerio de la palabra resumiendo en breves palabras sus últimos sentimientos ante la muerte cercana. Las siete palabras solo pueden ser escuchadas con profunda veneración y con la inmensa gratitud de quienes, cuando se acerque la hora de nuestra muerte, hallaremos en ellas luz, consuelo y esperanza. Escuchemos, pues, al Hijo de Dios que nos habla.

Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen
(Lc 23,34)

Su primera palabra comienza invocando al Padre para pedir perdón por quienes lo han crucificado entre dos malhechores, cumpliéndose así la Escritura: «lo consideraron como un malhechor» (Is 53,12). Por penúltima vez llama a Dios «Padre». La misión de Jesús ha consistido en revelarnos a Dios como Padre y Padre de la misericordia. Nos ha enseñado a orar empezando con la palabra Padre, que ahora inicia su oración de súplica por aquellos cuyo pecado disculpa con magnanimidad. Quien ha sellado su vida pública con el perdón a los pecadores, consume ahora su obra ratificando que su misión es perdonar y buscar a los pecadores. Seguramente al orar en voz alta de esta manera, echaba de nuevo la red buscando el amor de sus verdugos; pretendía enternecerlos con la llamada del buen Pastor; reclamaba su atención excusando su ignorancia y mostraba en el patíbulo de la cruz la síntesis de todo su magisterio.

Morir perdonando a los verdugos es la actitud de los mártires cristianos, es la prueba de la fe verdadera y del amor consumado, es la única oración que puede alcanzar

de Dios el perdón para nosotros mismos, como decimos en el Padre nuestro. ¿Cuántas veces hemos de perdonar?, preguntó Pedro a Jesús en cierta ocasión, ¿siete veces? Jesús replicó: setenta veces siete, fórmula judía que significa siempre y en toda ocasión. El Hijo de Dios, que escandalizó por tratar con prostitutas y publicanos y perdonó los pecados al paralítico antes de concederle la salud física, apunta de nuevo al núcleo de su evangelio y nos revela que el secreto del juicio último de Dios, la clave de su paternidad, es la misericordia. Al morir así, Jesús se coloca en el papel del padre pródigo de su parábola y con los brazos abiertos en la cruz quiere abrazar a aquellos que le injurian y maltratan. Si pudiera, seguramente bajaría de la cruz y abrazando a sus verdugos como hizo el Padre con el hijo pródigo, los cubriría de besos para revelarles que, en su ignorancia, también ellos estaban llamados a ser perdonados por quien lleva el nombre de Misericordioso.

Esta primera palabra de Jesús en la cruz nos interpela en nuestra capacidad de perdonar y nos invita a mirar a nuestros enemigos con la misma compasión de Cristo, porque solo así nosotros seremos perdonados.

**En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso
(Lc 23,43)**

La primera palabra de Jesús preparó el camino a la segunda. Dice el evangelista que, a las burlas de las autoridades y soldados, desafiando a Jesús para que se salvara a sí mismo, se unió la de uno de los malhechores crucificados con él: «Sálvate a ti mismo —le dijo— y sálvanos a nosotros». El otro malhechor, conocido en la tradición por el nombre de Dimas, había escuchado la primera palabra de Jesús, que sin duda despertó en él, como dice Papini, sentimientos de su primera infancia cuando oyó hablar del Dios de Israel, de su reino futuro, de su infinita piedad. La

primera palabra de Cristo perforó de golpe la costra de su alma para hacer brotar el agua limpia de la piedad y del arrepentimiento.

«Aquella oración de Jesús — escribe Papini — hallaba un enlace imprevisto entre pensamientos que él, el ladrón, no hubiera podido expresar con razones habladas, pero que le parecían, de vez en vez, iluminaciones en la oscuridad de su destino» .

Iluminado por Jesús se lanzó en su defensa y pronunció la oración más bella y sencilla que Jesús podía escuchar de un crucificado con él. Dirigiéndose primero al ladrón compañero de suplicio, le dijo: «¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en la misma condena? Nosotros, en verdad, lo estamos justamente, porque recibimos el justo pago de lo que hicimos; en cambio, este no ha hecho nada malo» Después, vuelto a Jesús, oró así: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino» (Lc 23,40).

La respuesta de Jesús fue inmediata: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23,42). La solemnidad de la fórmula «en verdad te digo», frecuente en labios de Jesús, es bien conocida por los evangelios. Cuando quiere enseñar algo decisivo, Jesús acude a la expresión «en verdad en verdad os digo». Aquí, la dice al ladrón para afirmar que entrará con él en la gloria, como fiel escudero que le ha defendido en su último juicio ante la historia. Un pecador defiende a Cristo y le arrebató el tesoro más estimado por hombre juicioso: el paraíso. Así lo expresan estos versos:

Fue un robo a la luz del día
sin armas de vil contienda.
Juzgue el pecador y entienda
que más roba quien porfía.
¿Cuál sería la alegría
al oír que dijo: hoy

lo que me pides te doy?
Hoy mismo serás conmigo
porque me robaste, amigo,
el Paraíso al que voy.

¡Quién no desearía ver la entrada de Cristo en el paraíso acompañado de su botín ganado en la cruz; y ver al ladrón, de la mano de Cristo, gozando del robo que había perpetrado a la luz del día con su humilde oración ante quienes se mofaban de él: el robo del paraíso! Dimas es venerado en la Iglesia como santo. Su proclamación no la hizo ni el pueblo cristiano ni el Papa. La hizo Cristo, mostrando así la verdad de su primera palabra: que Dios es misericordia y perdón. Quiso el Padre escuchar a su Hijo que le imploraba por sus verdugos. No tardó el Hijo en validar el perdón del Padre a quien simplemente le dijo: «acuérdate de mí cuando estés en tu reino».

Acuérdate, dicen los salmos; «acuérdate de Jesucristo», dice san Pablo (2 Tim 2,8). La memoria es buena consejera para, en el trance del morir, recordar que en la cruz Cristo no dijo al ladrón que *se acordaría de él*, sino que *estaría con él* en el paraíso. Estar con Cristo es la vocación cristiana. No hay nada más bello para un cristiano que estar junto a Cristo, en la vida y en la muerte. Aquel ladrón, arrebatado por la piedad de Jesús, poco sabía de su reino, de su predicación, de su misericordia. Supo de inmediato que nada malo había hecho y, aferrado al título de rey, que servía de insulto a los enemigos, pidió estar junto a Cristo y con esta súplica se le abrieron las puertas del paraíso. Don Francisco de Quevedo, en su *Afecto fervoroso del alma agonizante con las siete palabras que dijo Cristo en la cruz*, hace este sutil comentario que es, al mismo tiempo, una preciosa oración:

«Señor, en el propio oficio usarás conmigo la misma misericordia, pues toda mi vida he sido ladrón de mi pro-

pia vida, hurtándola a tu servicio. Si le fue prerrogativa morir a tu lado, yo muerto a tus pies [...] Él no llegó tarde, aunque llegó a ti al fin de su vida; no llegue tarde, al fin de la mía».

¿Habrá quién dude todavía de la misericordia de Dios? Por graves y numerosos que sean nuestros pecados, y el sufrimiento que por ellos debemos soportar en este mundo, el buen ladrón es un callado maestro y fiel testigo de la misericordia de Cristo. Su cruz es, junto a la de Cristo, una cátedra de piedad sincera en la que pocas palabras constituyen un tratado de la compunción y de la esperanza. Nadie, por pecador que sea, puede caer en el abismo de la desesperanza. Nadie puede juzgar y condenar a nadie como impenitente y alejado de Dios. La razón es sencilla: nadie escapa a la mirada de Dios y a los misteriosos caminos que abre para llegar a él, aunque resida en la oscuridad más densa de la culpa. Cuando el buen ladrón esperaba con angustia la muerte, Jesús descendió a su dolor para asumirlo sobre sí y redimirlo en el último momento. Es la imagen del hijo pródigo que, ante la bondad de Cristo, reclama para sí un puesto en su casa, el paraíso. San Juan Pablo II dice a propósito de la misericordia en esta parábola:

«La parábola del hijo pródigo expresa de manera sencilla, pero profunda la realidad de la conversión. Esta es la expresión más concreta de la obra del amor y de la presencia de la misericordia en el mundo humano. El significado verdadero y propio de la misericordia en el mundo no consiste únicamente en la mirada, aunque sea la más penetrante y compasiva, dirigida al mal moral, físico o material: la misericordia se manifiesta en su aspecto verdadero y propio, cuando revalida, promueve y *extrae el bien de todas las formas de mal* existentes en el mundo y en el hombre. Así entendida, constituye el contenido fundamental del mensaje mesiánico de Cristo y la fuerza constitutiva de su misión» (DM 6).

**Mujer, ahí tienes a tu hijo... ahí tienes a tu madre
(Jn 19,27).**

Dice el evangelio de Juan:

«Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo al que amaba, dijo a su madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Luego, dijo al discípulo: “Ahí tienes a tu madre”. Y desde aquella hora, el discípulo la recibió como algo propio» (Jn 19,25-27).

La muerte de Jesús acontece al final de un progresivo despojamiento. Le quitan y echan a suerte sus vestidos y túnica de maestro. También Jesús se desprende de lo más suyo, amado y consolador: su propia madre. Como diría san Agustín en estas palabras de Jesús, dichas a su madre y a Juan, el discípulo amado, hay misterios y sacramentos; es decir, sus palabras no revelan todo.

Como hijo único, Jesús cumple con el deber de piedad filial y busca seguridad para su madre viuda: se la entrega a Juan. Pero aquí no solo hay un gesto de obligación legal, sino que Juan representa a todos los discípulos de Cristo, de entonces y de todos los tiempos. Cuando Jesús se dirige a su madre con la palabra «mujer» no rebaja su condición; designa más bien a la nueva Eva como madre de una inmensa descendencia, los creyentes en Cristo; es también la Hija de Sión, que reunirá en torno a sí a los hijos de Dios dispersos. No la llama «madre» sino «mujer». He aquí el sacramento y el misterio. La maternidad se deduce de las palabras: «ahí tienes a tu hijo». Y Juan pasa a ocupar el lugar de Jesús. Cuantas veces María mirase a Juan, descubriría el rostro de Jesús; y cuantas veces Juan llamara a María «madre» —cumpliendo así el encargo de la cruz— ella reconocería a su hijo Jesús en el discípulo.

En Caná de Galilea, Jesús llamó «mujer» a María, ante la carencia del vino de las bodas, y le recordó que aún no había llegado su hora. El milagro que entonces hizo escondía también misterios y sacramentos. Al llamarla mujer, no se distanciaba de la madre: ampliaba el horizonte de su mirada y contemplaba ya el momento de dar el vino nuevo de su sangre en el Calvario, el «buen vino de la cruz», como afirmó san Juan de Ávila. Le anunciaba a María que allí, en la hora crucial de Cristo, ella sería proclamada la «mujer» por excelencia, madre de los cristianos.

Ahora, desde la cruz, «con los ojos nadando en muerte» (Francisco de Quevedo), Jesús nos entrega a la madre de la vida, que constituye el mejor icono de la Iglesia naciente con Juan al lado. Con afecto único e inexpressable, Jesús la mira sin atreverse a despedirse (en realidad, fue un adiós muy breve). María se abrazará a Juan y, sin decir palabras, alivia su dolor en quien desde ahora ocupará el puesto de Jesús para ella y la comunidad creyente. Así se entienden las últimas palabras del evangelista: «Y desde aquella hora, el discípulo la recibió como algo propio». María no solo entra en la casa física de Juan, sino que pertenece a la propiedad espiritual de toda la Iglesia representada por el discípulo fiel. No se entiende, pues, una casa, una familia cristiana, una iglesia, sin María, la madre. No se entiende la iglesia sin la Mujer nueva que representa al mismo tiempo la virginidad y la maternidad en lazo indisoluble. María representa a la Madre Iglesia que engendra, virginalmente, los hijos de Dios. Y representa a la comunidad entera de los creyentes —hombres y mujeres— que disfrutan y expresan al mismo tiempo la maternidad de María al cuidar como ella de los discípulos de Cristo. Tener a María en nuestra propia casa significa sentirnos hijos de Dios, hermanos de Jesús, y descubrir que nuestra vocación es cuidar de la Iglesia al estilo de María: en adoración constante, en obediencia fiel y con la ternura de quien, por voluntad expresa

de Jesús, es nuestra Madre y Madre de la Iglesia. Miremos a Jesús, en esos momentos en que nos da lo que más quiere y agradezcamos este regalo inmerecido.

**Eloí Eloí, lemá sabaqtaní - Dios mío, Dios mío,
¿por qué me has abandonado? - (Mc 15,34).**

El evangelio de Marcos nos ha conservado en la lengua materna de Jesús —el arameo— las palabras que dirige a su Padre ante la soledad de la muerte. Ahora no le llama Padre, sino Dios. Este cambio de lenguaje indica que Jesús se dirige al Dios de Israel que aprendió a conocer desde niño en la familia y en la sinagoga cuando recitaba el salmo 22. Este salmo, que describe paso a paso la pasión de Jesús, comienza en arameo con estas palabras: «Eloí, eloí, lemá sabaqtaní», que significan «Dios mío, dios mío ¿por qué me has abandonado?». No sabemos si recitó todo el salmo o solo el comienzo rememorando en silencio el resto, que evoca la soledad del justo que se siente abandonado. Recordemos los pasajes más significativos:

«A pesar de mis gritos, mi oración no te alcanza. Dios mío, de día te grito, y no respondes; de noche, y no me haces caso [...] En ti confiaban nuestros padres y los ponías a salvo [...] Pero yo soy un gusano, no un hombre, vergüenza de la gente, desprecio del pueblo; al verme, se burlan de mí, hacen visajes, menean la cabeza: Acudió al Señor, que lo ponga a salvo; que lo libre si tanto lo quiere [...] No te quedes lejos, que el peligro está cerca y nadie me socorre [...] Estoy como agua derramada, tengo los huesos descoyuntados; mi corazón, como cera, se derrite en mis entrañas; mi garganta está seca como una teja, la lengua se me pega al paladar; me aprietas contra el polvo de la muerte [...] me taladran las manos y los pies, puedo contar mis huesos. Ellos me miran triunfantes, se reparten mi ropa,

echan a suerte mi túnica. Pero tú, Señor, no te quedes lejos; fuerza mía, ven corriendo a ayudarme» (Sal 22,1ss).

La dramática soledad que revelan estas palabras hace de ellas un grito confiado al Dios que puede salvarlo. El salmo registra todos los detalles de la pasión de Jesús: las burlas, el desprecio, los huesos descoyuntados por la crucifixión, la sequedad del paladar y la lengua, los taladros de pies y manos, el reparto de sus vestiduras. Jesús llora y grita, como dice el salmo. Aunque el detalle de las lágrimas no aparece en los relatos evangélicos, lo conocemos por la descripción que la carta a los Hebreos hace de la pasión: «Cristo, en los días de su vida mortal, habiendo presentado con gritos y lágrimas, oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, y siendo digno de ser escuchado por su piedad filial, aun siendo Hijo, aprendió por lo que padeció la obediencia» (Heb 5,7-8).

Jesús dirige su oración al único que podía salvarlo de la muerte, es decir, a Dios, su Padre. Sin embargo, aun siendo Hijo digno de ser escuchado, no lo fue, pues tuvo que pasar por el padecimiento de la muerte para convertirse en el guía de la salvación que había de conducir a muchos hijos a la gloria (cf. Heb 2,9-10). La frase final del salmo citado — «Señor, no te quedes lejos, fuerza mía, ven corriendo a ayudarme» — quedó sin aparente respuesta. Jesús quiso experimentar la más dramática soledad que el hombre padece ante la muerte cuando no recibe verse libre de ella. Esta soledad es una consecuencia del pecado del hombre, que, aunque alejado de Dios, suplica al Señor — como hizo el buen ladrón — ser escuchado y librado del morir. El ladrón escuchó las palabras más consoladoras de Jesús; éste no recibe respuesta del Padre. El silencio se cierne sobre él, soportando así la soledad de tantos hombres que pasarán por este trance. ¿Acaso Dios abandonó a su Hijo? De ninguna manera. El salmo 22 es un grito de confianza, que termina reconociendo que Dios «no ha escondido su rostro» ante el pobre

desamparado, «cuando pidió auxilio, lo escuchó» (v.25). Y termina con estas palabras consoladoras: «Me hará vivir para él, mi descendencia lo servirá» (v. 30-31).

Aunque sensiblemente Jesús no ha recibido en la cruz el amparo que pedía, puesto que padeció la muerte vicaria por los pecadores, su soledad es para los hombres un testimonio irrefutable de su compasión con nosotros. Como decía Fray Luis de Granada, «por nuestro amparo fue él desamparado». Quiere decir que, para poder ampararnos unido a nuestro destino, él sufrió un desamparo cuya intensidad se escapa a nuestra comprensión. Con la mirada puesta en el crucificado, podremos pasar por el trance de la muerte confiados en que, si él sufrió por nosotros el desamparo de Dios, nosotros nos veremos libres de él si lo miramos con fe, como miraban con fe los israelitas el estandarte que levantó Moisés con la serpiente de bronce. En la soledad de Cristo, la nuestra ha sido redimida.

Como los soldados no sabían arameo, al oír las palabras «Eloí, Eloí», pensaban que llamaba al profeta Elías para que le salvara. «Dejad, a ver si viene Elías a salvarlo», decía uno de ellos mientras le ofrecía una esponja empapada en vinagre. No era así, Jesús invocaba a Dios porque sabía que, a pesar de la soledad, Dios lo acompañaba. En muchas ocasiones, Dios permite que pasemos pruebas sin experimentar sensiblemente su presencia, el consuelo que buscamos. Pero Dios está ahí, en nuestro mismo padecer. Y la cruz es el signo de su presencia, porque en ella su Hijo amado ha cargado con un peso que sería insoportable para nosotros. Este misterio insondable de la soledad de Cristo solo puede iluminarse en la contemplación serena y profunda de la pasión de Cristo. Dios, dice san Pablo, «no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él?» (Rom 8,32). Este es el secreto del desamparado de Cristo, que Ortega y Gasset comenta magistralmente con estas palabras:

«Nuestra Señora de la Soledad es la Virgen que se queda sola de Jesús, que lo han matado, y el sermón en la semana de la Pasión que se llama sermón de la soledad, medita sobre la más dolorida palabra de Cristo, *Eli, Eli, lamma sabactani – Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* ¿Por qué me has dejado solo de Ti? Es la expresión que más profundamente declara la voluntad de Dios de hacerse hombre, de aceptar lo más radicalmente humano que es su radical soledad. Al lado de esto la lanzada del centurión no tiene tanta significación» .

Tengo Sed (Jn 19,28).

El tormento de la crucifixión provocaba una fiebre ardiente que, a su vez, enardecía la sed. Dice san Juan que «sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dijo: “Tengo sed”. Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca». ¿A qué Escritura se refiere el evangelio que Jesús debe cumplir? En el salmo 22, ya citado, se dice: «mi garganta está seca como una teja, la lengua se me pega al paladar» (v.16). Posiblemente aquí tenemos con otras palabras la alusión a la sed. Pero, en el mismo evangelio de Juan, Jesús se presenta en una ocasión sediento de agua y sediento de amor. Y en el mismo evangelio, Jesús habla del agua que dará para saciar la sed de quienes buscan agua viva.

Que Jesús sintió sed a lo largo de la vida, es indudable. Como sintió hambre, cansancio, sueño... Junto al pozo de Jacob, cansado del camino bajo el sol del mediodía, Jesús solicita a la samaritana agua para beber, y la mujer termina pidiendo a Jesús que le dé a beber el agua viva que posee. En el mismo evangelio, durante el día principal de la fiesta de los Tabernáculos, Jesús, puesto en pie gritó: «El que

tenga sed, que venga a mí y beba el que cree en mí; como dice la Escritura: “de sus entrañas manarán ríos de agua viva”» (Jn 7,37-38).

Este Jesús sediento que, al mismo tiempo, ofrece de beber una agua nueva y viva, capaz de hacer brotar torrentes en el seno de los creyentes, es el que, en la cruz, dice: «Tengo sed». Es la sed provocada por la fiebre terrible y es la sed del amor de los hombres, que les invita a creer a él.

La sed es una condición material y espiritual del hombre, como aparece en la Sagrada Escritura y en la enseñanza de Jesús. El pueblo de Israel caminando en el desierto sintió una sed insoportable y Moisés pidió a Dios por su pueblo. Dios ordenó a Moisés que con su cayado golpeará una roca y, al instante, brotó agua. Pero al mismo tiempo echó en cara al pueblo su incredulidad por haber desconfiado de Dios. San Pablo, al meditar sobre este acontecimiento, dirá que la roca del desierto era Cristo (cf. 1 Cor 10,4).

La Tradición cristiana y muchos santos han interpretado las palabras de Jesús —«tengo sed»— como el anhelo de salvar almas. Así lo vivió santa Teresa de Calcuta y otros santos. Si pidió de beber a la samaritana fue para despertar en ella la sed del amor divino y, si en la fiesta de los Tabernáculos grita que vengan a él y beban quienes tengan sed, es para proclamar ya el momento de cumplir sus palabras mediante el envío del Espíritu. Así lo comenta el evangelista: «Dijo esto refiriéndose al Espíritu, que habían de recibir los que creyeran en él. Todavía no se había dado el Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado» (Jn 7,39).

El cumplimiento de esta promesa tiene su primer acto cuando, una vez muerto Jesús, «uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: “No le quebrarán un hueso”; y en otro lugar la Escritura dice: “Mirarán

al que traspasaron"» (Jn 19,34-37). Es obvio que el evangelista no se refiere solo al hecho físico de atravesar el costado de Cristo con la lanza, que hizo salir el líquido pleural. La fuerza que da a su testimonio apunta al sentido sobrenatural del suceso: El Traspasado se convierte en la fuente de agua viva que brota del costado abierto; es el agua del Espíritu prometido que vendrá de modo definitivo en Pentecostés; es el agua del bautismo que hará correr en el seno de los bautizados torrentes de agua viva para inundar este mundo con la gracia de Cristo. El costado abierto del Salvador manifiesta ya la gloria de Dios que desea que todos los hombres se salven. Cristo nos ha dado todo: su vida, su cuerpo y sangre, su madre; y ahora, en el clímax del amor nos da el agua que vivifica. A imagen del torrente de agua viva que Ezequiel vio salir del templo de Jerusalén y, llegando al mar muerto, lo vivificó, ahora, del cuerpo de Cristo – verdadero templo de Dios en este mundo – brota desbordante, gracias a la lanzada del soldado, el agua que sana, regenera y vivifica porque nos permite entrar, si seguimos su corriente, en el paraíso perdido por el pecado. Jesús había curado en su vida pública por medio del agua; gracias al agua de la piscina de Siloé, que significa Enviado, curó al ciego de nacimiento, porque, según san Agustín, Cristo «es el *Enviado*, en quien el ciego se lavó la cara». Una piadosa leyenda cristiana dice que el soldado que le traspasó el costado era ciego o tenía una visión defectuosa. La sangre y el agua del costado de Cristo cayeron sobre su cara y recuperó la vista.

El cristiano ha sido iluminado en el bautismo con la luz de la fe, gracias al agua sacramental, el agua viva de Cristo. En su coloquio con Nicodemo, Jesús le dijo que, para entrar en el reino de Dios, debía renacer del agua y del Espíritu. Ese nuevo nacimiento, que realiza el bautismo, nos abre los ojos a la fe y nos permite vivir con la esperanza de la inmortalidad. Esta es la sed de Cristo de la que participamos los cristianos en la medida en que conducimos a

otros a la fuente de agua viva. Cuando el agua deja de bullir y brotar en nuestro interior es que nos hemos apartado de Cristo y somos, por tanto, incapaces de guiar a otros a él.

Pidamos al Señor participar en su sed de almas para que ningún hombre quede sin calmar la sed del conocimiento de Dios. Y nunca dejemos de practicar la obra de misericordia de dar de beber al sediento que nos revela al Cristo agonizante en su quinta palabra: «Tengo sed».

Está cumplido (Jn 19,30).

Después de tomar el vinagre de la esponja que le ofrecían para calmar su sed, Jesús dijo: «Está cumplido» (Jn 19,30). El verbo griego que utiliza el evangelio significa *cumplir, completar, dar plenitud*. Jesús termina el camino de la vida, como el peregrino que llega a la meta. Pero dice algo más: ha completado la misión encomendada; ha cumplido el plan del Padre; ha llevado a la plenitud su amor. Al comienzo de la pasión, dice el cuarto evangelio que Jesús «amó a los suyos hasta la plenitud» (Jn 13,1). El sustantivo utilizado es de la misma raíz que el verbo «está cumplido». Si Jesús vino a cumplir hasta la última iota o tilde de la Ley, lo ha hecho. Pero no hay que olvidar que la plenitud de la ley es el amor. Y Jesús en la cruz ha consumado el amor, lo ha llevado a la máxima expresión. Nada se ha reservado para sí, todo lo ha dado en la ofrenda al Padre. Su vida no ha terminado de cualquier manera, sino que ha cumplido plenamente la voluntad del Padre.

Sabemos por los evangelios que la vida de Jesús está regida por el cumplimiento de las Escrituras que expresan la voluntad divina. Los evangelios insisten mucho en que Jesús tiene como meta única realizar la voluntad del Padre. Su enseñanza, milagros y gestos simbólicos, están narrados

desde el presupuesto de que en Jesús se han cumplido las profecías. La frecuente expresión «de modo que se cumpliera lo dicho por el profeta», o la más sencilla «según las Escrituras», explica que todo en la vida de Jesús responde a un plan providente de Dios para salvar a su pueblo.

En la cruz Jesús afirma que «está cumplido» el encargo recibido del Padre. Desde su nacimiento en Belén hasta la resurrección, todo estaba escrito. Esta expresión no significa que se haya cumplido de manera automática ni fatídica, como si Jesús no pudiera salirse de un proyecto rígido y predeterminado. La relación de Jesús con el Padre no es la de un esclavo con su amo, sino la del Hijo en quien el Padre se complace amorosamente desde toda la eternidad. A su vez, el Hijo se complace en el Padre y en su voluntad, que es su alimento. Desde niño, Jesús manifestó que él debía estar en las cosas de su Padre. El Padre es para Jesús su referencia vital, su prioridad y su refugio en los momentos de la prueba. Las tentaciones de Jesús en el desierto, en Getsemaní y en la cruz, intentan separarlo de la voluntad del Padre. Y cuando Pedro pretende desviarlo del camino de la cruz, Jesús es tajante: «Ponte detrás de mí, Satanás. Eres para mí piedra de tropiezo, porque tú piensas como los hombres, no como Dios» (Mt 16,23). Someterse a la voluntad del Padre no fue fácil para Jesús en su condición de hombre. Su voluntad humana tuvo que acomodarse a la voluntad divina. Y aunque, como nos dice la fe, Jesús no podía pecar por ser Hijo de Dios, en los momentos cruciales de su vida nos dio el ejemplo de una obediencia sin fisura y de un amor inquebrantable al Padre.

Ahora, en la cruz, a punto de finalizar su vida en la tierra, Jesús confiesa que todo «está cumplido». La obediencia y fidelidad de Jesús restaura la desobediencia de Adán. La rebeldía del primer hombre queda superada por la humildad del Verbo de Dios que se anonada hasta la muerte y muerte de cruz. Mirar al Crucificado agonizante es

asociarse a su radical obediencia y humildad por las que somos redimidos.

El camino de los cristianos consiste en seguir las huellas de Cristo. Cualquier otro camino nos conduce al engaño en la vida del Espíritu. Jesús nos ha dicho con claridad que quien no toma su cruz y le sigue, negándose a sí mismo, no puede ser discípulo suyo. La abnegación es la nota de identidad cristiana. Es el camino seguro de la perfecta imitación de Cristo. No busquemos rodeos rebajando las exigencias del seguimiento de Cristo, ni nos mundanicemos, como advierte el Papa Francisco, cuando pretendemos hacer compatible el evangelio con una vida acomodada a los criterios de este mundo, reflejados perfectamente en las tentaciones de Jesús: el dinero, el orgullo mundano y la soberbia de la vida. Cumplamos lo que nos dice san Juan en su primera carta:

«No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama al mundo, no está en él el amor del Padre. Porque lo que hay en el mundo —la concupiscencia de la carne, y la concupiscencia de los ojos, y la arrogancia del dinero—, eso no procede del Padre, sino que procede del mundo. Y el mundo pasa, y su concupiscencia. Pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre» (1 Jn 2,15-17).

El mensaje no puede ser más claro. La oposición entre el mundo —entendido no en su sentido cósmico ni como el conjunto de la humanidad— y Cristo es permanente, como advirtió Jesús a los discípulos en su discurso de despedida. El mundo le ha odiado y odiará a los cristianos. Pretender adaptarnos a ese «mundo» opuesto al evangelio es claudicar. Y son muchos cristianos los que han cedido a esta tentación en la denominada «apostasía silenciosa». La vocación del cristiano es martirial, es decir, nos lleva a dar la vida, aunque no sea con el derramamiento de la sangre. Ante Cristo crucificado, en este Viernes Santo, entendemos qué significa dar la vida y ajustarse a la voluntad del

Padre. Amar como Cristo nos ha amado supone vivir crucificados con Cristo como decía san Pablo: «Estoy crucificado con Cristo; vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí. Y mi vida de ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí» (Gál 2,19-20). Quizás muchos cristianos piensen que estas palabras son un efluvio místico del apóstol que no es normativo para los demás. Pero san Pablo no era un ingenuo visionario ni se complacía en una espiritualidad desencarnada de este mundo. Nos habla de su vida en la carne, es decir, en este mundo, en lo cotidiano de cada día. Solo en ese contexto de lo que él llama «carne», vive la fe y la vive en comunión con el crucificado. Su vida no es ya la que discurría antes de su conversión, porque ahora, en su vida cotidiana vive de la fe en quien le amó y se entregó por él. La mística cristiana no nos desarraiga de la tierra, ni nos aparta de la historia de nuestro mundo, sino que nos introduce en ella con el dinamismo de la fe en Cristo y del amor a quien se entregó por nosotros. «En esto — dice san Juan — hemos conocido el amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos» (1 Jn 3,16).

Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu (Lc 23,45).

La última palabra de Jesús, según san Lucas, comienza como la primera, con la palabra «Padre». Jesús adapta el salmo 31 y cambia la palabra «Dios» por la suya más personal, «Padre». Y volviéndose a él, deja su espíritu en las manos del Padre, depósito de segura confianza. El relato de la muerte de Jesús, dentro de su sobriedad, está enmarcado en la trascendencia de su significado. Dice así: «Y Jesús, clamando con voz potente, dijo: Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu. Y, dicho esto, expiró. El centurión, al ver lo

ocurrido, daba gloria a Dios diciendo: Realmente, este hombre era justo. Toda la muchedumbre que había concurrido a este espectáculo, al ver las cosas que habían ocurrido, se volvía dándose golpes de pecho» (Lc 23,46-48).

La «voz potente» o grito de Jesús no significa ni angustia ni terror. Es un grito de triunfo sobre la muerte, que está a punto de ser vencida. Se explica así que el centurión, como si fuera la voz de un coro que acompaña la tragedia, dé gloria a Dios y afirme: «Este hombre era justo».

¿Qué le hizo comprender a un pagano que no moría un ajusticiado común sino un justo? No puede ser otra cosa, además del perdón a los enemigos, que la aceptación de un abandono total en Dios con la confianza de que la muerte no es el final de su vida. Las tinieblas que cubren la tierra y el velo del templo que se desgarran son dos signos elocuentes en la acción dramática. Por una parte, el universo se viste de luto ante la muerte del Hijo de Dios; por otra parte, el velo de separación que impedía entrar al pueblo judío en el Sancta Sanctorum del templo durante el día de la Expiación para recibir el perdón de los pecados, se desgarran cuando Cristo muere y el centurión abre su costado con la lanzada. La carta a los Hebreos afirma que el velo rasgado es la carne de Cristo (cf. Heb 10,20). Cristo grita como el vencedor que, herido de muerte en una batalla, muere consciente de que se ha triunfado. La muerte de Cristo es su triunfo final en la lucha contra el mal, que le ha costado la vida. Por ello, al depositar su espíritu en las manos del Padre, sabe que su entrega no quedará sin fruto. Los hombres tendrán acceso abierto a Dios y ninguna separación podrá ya establecerse entre ambos. Cuando —como dice san Juan— el soldado traspase con la lanza el costado de Cristo, brotará agua y sangre, que la Tradición interpreta como los sacramentos de la Iglesia que otorgan la salvación.

El Espíritu de Jesús, que deja confiado en las manos de su Padre, es el Espíritu de la vida, de la reconciliación, que el

Padre derramará sobre nosotros como el don más valioso que Jesús ha puesto en sus manos. La muerte física de Jesús no significa el fin de su vida, sino el comienzo de la vida de los hombres redimidos en el altar de la cruz. Sus últimas palabras se convierten para el cristiano en un inmenso consuelo. Todos tememos el momento y el modo de morir que nos reserva la vida. Todos, ante la muerte, experimentamos el desamparo frente a lo que desconocemos en el paso de este mundo al otro. Y del mismo modo que el agonizante aprieta la mano de quien le acompaña como asidero de seguridad, Jesús pone su espíritu en las manos del Padre y nos invita a hacer lo mismo cuando llegue la hora de la muerte. Confiar nuestra alma a Dios permite superar la agitación que provoca en ella la cercanía de la muerte. Las manos del Padre son puerto de firmeza y ancla de seguridad. Volvemos a las manos de quien nos modeló en el seno materno y conoce los entresijos de nuestro ser.

A lo largo de nuestra vida debemos acostumbrarnos a esta sencilla plegaria de Jesús: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu». Recitándola y, sobre todo, meditándola, reconoceremos que devolvemos a Dios todo lo suyo, lo que le pertenece, y, en nuestro último aliento, el alma inmortal. Acostumbrados a este ofrecimiento de lo que tenemos como propio, entenderemos que, en realidad, todo lo hemos recibido del Padre bueno del cielo. Así lo expresa, mediante la metáfora de la rosa, un precioso soneto de Daniel Cotta, titulado «ofrecimiento» en el que nueve veces aparece al adjetivo *tuyo* referido a Dios de quien recibimos todas las gracias:

Como el que da una rosa, ¡Con qué agrado
la ve quien la recibe en pleitesía!
Así te ofrezco yo, Señor, el día
(que es tuyo) y el latir de mi costado
(tuyo también), te ofrezco mi alegría

(que es tuya, tuya y tuya) y, apenado,
te ofrezco la aflicción (que no he buscado),
la cruz de este dolor (que no quería)
mi ser (que es tuyo) mi vivir terreno
(tuyo, Señor), y este montón de cosas
tuyas, tuyísimas que das sin freno.
Como eres tierra fértil y rebosas,
te las devuelvo porque ya estoy lleno.
Y a ti te gusta que te ofrezcan rosas.

No se cansa el poeta de decirle a Dios que todo lo que tiene es «tuyo» porque todo lo recibe de Dios. Recuerda las palabras de san Pablo: «Todo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios» (1 Cor 3,23). Si alguien ha pertenecido total y plenamente a Dios ha sido Cristo y su Madre en su entrega sin reservas. La muerte de Jesús y, por tanto, la del cristiano es el ofrecimiento final que consuma y completa la vida, convertida –siguiendo la imagen del poeta– en un ramo de rosas ofrecidas a Dios momento a momento del día. Las cinco llagas de Cristo son cinco hermosas rosas que exhalan el aroma de su ofrenda final. Algo tiene que ver esto con la acción de gracias que san Pablo dirige a Dios porque, gracias a los cristianos, se difunde por todas partes el buen olor de Cristo (2 Cor 2,14).

No debemos dejar la preparación de nuestra muerte para el momento en que el médico nos anuncie una enfermedad grave, ni reducir dicha preparación a los ejercicios de piedad típicos para el momento de la agonía. Del mismo modo que la vida no se improvisa, a no ser entre los necios, tampoco se improvisa la muerte. En el morir de Cristo, como hemos dicho, se da plenitud a su vida y en cierto modo se la sintetiza. En este viernes santo, la Iglesia nos invita a mirar al Crucificado para identificarnos con él en su morir. Escuchando sus siete últimas palabras, recibimos la lección última del Maestro que, sin decirlo expresa-

mente, nos enseña a morir como él. Cuantas veces hemos llamado a Dios Padre se recogen en este «Padre» que suscita la agonía; nos consuela que el perdón tan magnánimamente concedido, lo acogemos como unguento para nuestras heridas. Y, como el buen ladrón, también nosotros miramos a Cristo como refugio y en la luz de sus ojos atisbamos el paraíso donde él es Luz de Luz. También nosotros en el lecho de la muerte tendremos la compañía de María que nos recordará el don de Jesús: Ahí tienes a tu madre. Aunque su corazón esté atravesado por la espada del dolor, no disminuye su capacidad de compadecer con todos los que sufren, y, de modo especial, con los agonizantes. La llamaremos «madre» y su presencia llenará nuestra estancia, la externa y la interna del alma, que rebosará de su ternura. En cuanto al desamparo de la cruz, que nunca lo sentiremos con la profundidad del de Cristo, sabemos que en el suyo ya está redimido el nuestro. Solo Dios sabe si tendremos que compartir la sed física de Jesús, en la enfermedad que nos toque padecer; pero sí podremos participar de su sed de almas ofreciendo el último trance de la vida por aquellos que, alejados de Dios o ignorando su existencia, necesiten el agua de la vida. Sedientos como Cristo podemos dar de beber a otros con el agua de nuestra entrega generosa en el momento de morir. Así, todo quedará cumplido según el querer de Dios y podremos abandonarnos en las manos del Padre.

Contemplemos, pues, al Crucificado en esta mañana del Viernes Santo. No necesitamos palabras para esta contemplación. Basta con recitar las suyas con piedad y arrimarnos a María, a Juan y a las piadosas mujeres que le acompañaron. Sus palabras son cisternas de agua viva donde abreviar la sed. Acerquémonos, como dice la carta a los Hebreos, al trono de la gracia donde está a punto de inmortalarse por amor el sumo sacerdote definitivo de la fe. Pidamos la contrición por los pecados que le han puesto en

la cruz. Besemos con piedad el madero que de un suplicio ignominioso ha pasado a ser árbol de vida. Con san Ignacio de Antioquia, miremos a Cristo crucificado y digamos: «mi amor está crucificado». También san Pablo afirmaba de sí mismo que estaba crucificado con Cristo. Si es propio del amor la identificación de quienes se aman, comprendemos perfectamente que un cristiano debe compartir los sufrimientos de Cristo para participar también en su gloria. Esta gracia la concede el Señor a quienes muchos le aman y pueden dirigirle estas palabras de Lope de Vega: *«clavadme vos a vos en vuestro leño, y tendréisme seguro con tres clavos»*.

Sabemos que Jesús no fue llevado a la muerte contra su voluntad. A quienes escucharon su enseñanza, a quienes le prendieron y al procurador romano, les dijo claramente que nadie le quitaba la vida, sino que él la entregaba libremente para recuperarla en la resurrección (cf. Jn 10,18). Dar la vida libremente es la vocación del cristiano. Para llevarla a cabo, sin embargo, necesitamos vivir unidos a Cristo crucificado. Solo crucificados con Cristo podremos resucitar también con él. No tengamos miedo a la cruz. Ella ha sido transformada por el Crucificado. Miremos a los santos que se abrazaron a la cruz. Miremos a Cristo que se desclavó de la cruz para abrazar a san Francisco de Asís y a san Bernardo de Claraval como recompensa al amor que le tuvieron. Si Jesús quiso entregar a santa Teresa de Jesús uno de los clavos de la cruz para expresarles los desposorios místicos, quiere decir que sólo unidos a él en la cruz podemos entender su amor y corresponder con el nuestro. Solo así podremos saborear las siete palabras que nos regaló en la cruz. Recogidos, pues, en su presencia y pidiendo que nos permita vivir clavados con él en su leño, terminemos con esta plegaria:

Clava mi carne en la tuya clavada
sobre el madero en cruz, ara viviente,

desvélame la herida tan creciente
de tu costado, luz de otra majada.

Clava mi carne de existencia ajada,
clávame con tus clavos penitente,
y ajústame al límite doliente
de tus llagas abiertas por mi nada.

Clávame a tu verdad, a tu dolencia
de tanto amor como te clava fiero,
fijas tus manos y tus pies tan quietos.

Vísteme de verdad, sin apariencia,
con tu carne desnuda – amor sincero –
fijas mis manos a tus pies tan quietos.

Amén.

ESCRITOS PASTORALES

LA ADÚLTERA Y PABLO DE TARSO

Cercana ya la Pascua, este domingo último de Cuaresma nos dispone para vivir la absoluta novedad que trae la muerte y resurrección de Jesús, que termina con todo lo antiguo para establecer lo definitivo. Dice Isaías: «No recordéis lo de antaño, no penséis en lo antiguo; mirad que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notáis?» (Is 43,18). Eso de antaño son las grandes hazañas que Dios hizo con su pueblo. Sorprende esta afirmación porque las obras de Dios deben recordarse siempre. El profeta, sin embargo, lanza su mirada al futuro y ve cosas mayores, inauditas, sorprendentes. Dios actuará con un poder admi-

nable, que dejará pequeñas las obras realizadas hasta el presente.

La escena de la adúltera perdonada por Jesús es un ejemplo de esas obras mayores y una advertencia para no mirar al pasado, en este caso, la ley de Moisés. Los fariseos tienden una trampa a Jesús para que confirme la lapidación exigida por la ley. Jesús calla, escribe algo en el suelo, y finalmente dice su sentencia: «El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra» (Jn 8,7). Después, volviéndose a la mujer, le dice que ninguno la ha condenado y tampoco él la condena, pero que, en adelante, no peque más. Sin abolir la ley, Jesús la deja sin eficacia, porque establece un principio nuevo de moralidad: Solo Dios, el único santo, es el que puede juzgar y condenar. Todos los demás tenemos pecado y no podemos condenar a nadie. En esta escena brilla la novedad de Jesús que perdona a la mujer y la exhorta a no pecar más.

En la segunda lectura de este domingo, tomada de la carta de Pablo a los filipenses, encontramos otro ejemplo de la novedad absoluta de Cristo. Pablo, en este relato autobiográfico (Flp 3,8-14), mira también su pasado para renunciar a él, pues se tenía por justo, irreprochable, cumplidor de la ley como el que más. Por eso, perseguía a los cristianos con furia para acabar con la obra de Jesús a quien tenía por blasfemo. Esa imagen de sí mismo se vino abajo cuando se encontró con Jesús en el camino de Damasco y comprendió que el único Justo era él. Comenzó entonces un camino de conversión que le llevó a decir: «Solo busco una cosa: olvidándome de lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta, hacia el premio, al cual me llama Dios desde arriba en Cristo Jesús». He aquí la novedad: La persona de Cristo y su acción salvadora con los hombres. Por alcanzar esta salvación, Pablo mira su vida pasada como basura comparada con el conocimiento sublime de Cristo Jesús. Y confiesa con humildad: «Por él lo perdí todo, y todo lo considero basura con tal de ganar a Cristo y

ser hallado en él, no con una justicia mía, la de la ley, sino con la que viene de la fe de Cristo, la justicia que viene de Dios y se apoya en la fe» (Flp 3,8-9).

Todos nosotros estamos llamados a descubrir la fascinante novedad de Cristo que año tras año celebramos en la Semana Santa. Como la adúltera y Pablo de Tarso también nosotros hemos encontrado en Cristo la redención que todo hombre anhela: ser liberado del pecado y de la muerte. Mirar hacia atrás en nuestra vida (a no ser para agradecer lo bueno) puede impedirnos aferrarnos a lo que está por venir, a la salvación futura. Tanto a la adúltera como a Pablo, el encuentro con Cristo les abrió una perspectiva nueva, que les libró de conceptos caducos, basados en la ley mosaica. El fariseo Pablo también habría pedido la lapidación de la adúltera, como pidió la del diácono Esteban. Se situaba en la perspectiva antigua hasta que descubrió la ley de Cristo cuya absoluta novedad nos obliga a mirar a Dios como el único santo que ha enviado a su Hijo al mundo, no para condenarlo, sino para que salve por Él

Segovia, abril 2022.

+ César Franco

Obispo de Segovia

TRIDUO PASCUAL

El Triduo Pascual —jueves, viernes y sábado santo— nos permite vivir los acontecimientos de la muerte y resurrección de Cristo como una secuencia histórica que ha sido sacralizada por medio de la acción litúrgica. Dicho de otra manera: el fundamento del Triduo Pascual es la historia misma de los acontecimientos últimos de la vida de Jesús, que, en sí mismos, son la liturgia que él mismo ofrece al Padre. Su vida es el definitivo culto que sustituye el culto de Israel y el de los diversos sistemas religiosos surgi-

dos a través de las edades del mundo. Cristo realiza y da plenitud, en su persona y en su acción, al sacerdocio como mediación entre Dios y los hombres y al sacrificio como ofrenda que reconcilia al mundo con Dios.

La liturgia cristiana es la acción del mismo Cristo que sucede en nuestro tiempo, para participar de la redención que tuvo lugar en los tres días últimos de su vida. El Triduo Pascual actualiza la gracia infinita que se hizo patente a los ojos de los hombres durante el jueves, el viernes y el sábado que concluyeron la vida de Jesús. Gracias a la liturgia, el tiempo se hace permeable a los misterios de Cristo y, en cierto sentido, nos hacemos contemporáneos de los primeros testigos de su muerte y resurrección. No celebramos algo que se han inventado los hombres, sino la historia salvífica del primer triduo pascual sucedido en la historia.

El jueves santo celebramos *su última cena, en la que nos da su Cuerpo y Sangre por nuestra salvación*. Nos hacemos comensales de aquel banquete donde Jesús nos entrega el Sacramento del amor, el Sacerdocio y el mandamiento nuevo. Aquel hecho constituyente de la nueva alianza se realiza aquí y ahora por nosotros y para nosotros hasta el fin de la historia.

Desde el Cenáculo, salimos acompañando a Jesús hasta el Huerto de los Olivos y desde allí hasta el Calvario, donde el viernes, sobre las tres de la tarde, *participamos de su muerte* —cruenta entonces, incruenta ahora— que culmina el amor por los hombres. Asumiendo sobre sí mismo el dolor de toda la humanidad, Jesús se ofrece a su Padre, implorando el perdón y abandonando su espíritu en las mismas manos que creó al hombre del polvo de la tierra. La lectura solemne de la pasión del viernes santo dramatiza y actualiza la pasión y muerte de Jesús. Y el silencio que, tras la muerte de Jesús, invade a toda la tierra nos ayuda a entender que no hay palabras para describir la muerte del Hijo de Dios en la tierra de los hombres.

Desde el Calvario, acompañamos al humilde cortejo que traslada el cuerpo de Jesús hasta el sepulcro, donde reposará mientras su alma desciende al lugar de los justos del Antiguo Testamento, para anunciarles la salvación que alcanza al tiempo que se inicia en la creación del mundo. Con María, aguardamos el momento de la noche santa y gloriosa que celebra la vigilia pascual como acontecimiento central de la salvación, *donde la muerte es vencida por la resurrección del Dios inmortal, fuerte y santo, que es Jesucristo*. No hay gozo mayor que el de esa noche en que renovamos nuestro bautismo porque, unidos a Cristo, podemos decir que hemos resucitado con él y con él hemos ascendido hasta la gloria del Padre. Es la noche del fuego santificador, del agua vivificadora, de la luz sin ocaso, de la alegría incontenible. Es la nueva creación que, superando la primera, la contiene y la salva de modo admirable, sin que nada de lo creado se pierda, sino que alcance su plenitud en quien es la causa y el fin de toda criatura: Jesucristo. Es la Pascua del Resucitado, la acción definitiva de Dios en la historia, que sumerge a la muerte en el abismo y nos arranca del corazón el triple y solemne Aleluya.

Segovia, abril 2022.
+ César Franco
Obispo de Segovia.

HUELLAS DEL MISTERIO

La resurrección de Cristo es el acontecimiento trascendental de la historia y el que hace de ella historia de salvación. Que sea un misterio de fe no significa que pertenezca al mundo de las ideas abstractas. El Evangelio de este domingo de Pascua no narra el hecho de la Resurrección. Los Evangelios no dicen cómo sucedió, sencillamente por-

que trasciende la historia y pertenece al ámbito de Dios. Pero los discípulos vieron al Resucitado, comieron con él, según dice Lucas, y pudieron tocarlo y abrazarlo como las piadosas mujeres. Cuando Pedro y Juan van al sepulcro porque la Magdalena comunica que estaba vacío, corren y ven la piedra desplazada, la sábana mortuoria y el sudario doblado en el lugar donde reposó la cabeza de Jesús. Son las consecuencias de la resurrección, no el hecho mismo. Junto al sepulcro vacío, las apariciones completan lo que podríamos llamar huellas del misterio. El misterio en sí permanece en el ámbito de Dios que ha actuado, según las Escrituras, sacando a su Hijo de la muerte.

La fe pascual no se edifica sobre un relato, sino sobre el testimonio fidedigno de quienes comieron con Jesús después de resucitar. «Hemos visto al Señor», dicen los primeros testigos. Que esta afirmación resulta creíble se debe a varias razones: Los apóstoles se negaron a dar crédito a las mujeres que decían haberlo visto, como dicen los discípulos de Emaús. Las mujeres, por otra parte, en tiempo de Jesús, no podían testificar en un juicio, por lo que resulta insólito que, de haber sido un embuste la resurrección, se otorgara a las mujeres el papel de testigos. Saulo de Tarso no solo no creía en Jesús, sino que perseguía con saña a sus seguidores para darles muerte. Su conversión resulta inexplicable sin la aparición del resucitado, como testimonia en sus escritos. El nacimiento de la Iglesia en los pocos días que van desde la resurrección a su presencia pública en Pentecostés sería un milagro aún más sorprendente si se niega el hecho de la resurrección. Basta revisar las interpretaciones racionalistas sobre estos datos para reconocer que se necesita más fe para no aceptar la resurrección que para «creer» en las construcciones ideológicas de quienes argumentan desde la llamada «crítica histórica».

Reducir el cristianismo, como hacía Bultmann y sus seguidores –que, todo hay que decirlo, pronto lo dejaron

solo — a una experiencia subjetiva de tipo existencial es suponer que un mito se puede crear en el espacio de un brevísimo tiempo cuando aún viven los testigos — amigos y enemigos — de los acontecimientos. La cristología tiene uno de sus mejores soportes, como señala M. Hengel, en la cronología del Nuevo Testamento. No hubo tiempo para crear el mito, que exige Bultmann en su teoría de la desmitificación. No hubo tiempo para crear un pensamiento tan desarrollado como el elaborado en el llamado tiempo pre-paulino — desde la muerte de Jesús hasta la conversión de Pablo —, que contiene ya los elementos esenciales de la fe cristiana. La aparición del domingo — *dominica, dies Domini* — es inexplicable sin el acontecimiento de la resurrección, del mismo modo que el monoteísmo resulta inexplicable sin la llamada de Dios a Abrahán, padre de los creyentes. Un Dios que no tuviese capacidad de intervenir en la historia, no sería Dios. Y un Dios que, al asumir nuestra carne, no tuviera el poder de vencer la muerte y salir victorioso del sepulcro, sería un dios inaceptable para la razón, por mucho que a esta le cueste entender el misterio. Pero la fe es, en muchas ocasiones, más razonable que el pensamiento de los hombres. Cuando la Iglesia confiesa la resurrección no se evade de la historia, la hace más comprensible.

Segovia, abril 2022.

+ César Franco

Obispo de Segovia

HA RESUCITADO

En las apariciones del Resucitado, que narran los Evangelios, Jesús quiere dejar claro que posee la misma identidad de quien vivió entre los hombres y murió en la cruz. Mucha gente se pregunta la razón por la que, en algunas aparicio-

nes, los testigos no lo reconocen enseguida. Hay una razón teológica y otra pedagógica. En cuanto a la teológica, es obvio que el cuerpo de Jesús ha sufrido una transformación radical sin dejar de ser el mismo. Su cuerpo ha pasado a la gloria de Dios y esto significa que su forma de existir ha cambiado radicalmente. Ya no está sometido a las leyes de espacio y de tiempo y su naturaleza humana se ha perfeccionado haciéndose «espiritual». Lo espiritual no debe entenderse en sentido etéreo, fantasmal, como el de algunas películas de ficción. San Pablo habla de cuerpo «celestes», «espiritual» o pneumático, es decir, el cuerpo que ha alcanzado la perfección a la que Dios nos ha destinado desde la creación. Santo Tomás de Aquino, apoyado en los textos bíblicos, resumía las cualidades del cuerpo resucitado con estas palabras: claridad, impassibilidad, agilidad y sutileza. Algunas de estas cualidades se describen en los evangelios cuando Jesús aparece y desaparece de repente, atraviesa las puertas y los sitios cerrados o se habla de metáforas relacionadas con la luz, como el relámpago que precede a la remoción de la losa del sepulcro (cf. Mt 28,3), o la aparición a Saulo de Tarso en el camino de Damasco (Hch 9,3).

En cuanto a la razón pedagógica por la que Jesús no es reconocido de inmediato, como sucede en la aparición a la Magdalena, a los discípulos de Emaús y en el lago de Galilea, los teólogos argumentan de la siguiente manera: las apariciones del Resucitado no son descubrimientos de los discípulos, sino iniciativa de Jesús, que se hace ver. Es Jesús quien desea mostrarse a los suyos en el momento determinado, porque la fe en su resurrección es un don, una gracia que él concede. Su presencia, por tanto, es revelada por él mismo y esto explica esa especie de «juego» que consiste en manifestarse poco a poco, como en un crecimiento hacia la fe que culmina con el reconocimiento de su persona cuando él lo decide. Se puede decir que Jesús, para llevar a los suyos a la fe, utiliza pedagógicamente el método de la revelación progresiva de sí mismo.

Esta pedagogía de Jesús se sirve, además, de la *memoria de la vida anterior*. Cuando se aparece a María Magdalena, el momento de la revelación final sucede cuando Jesús pronuncia el nombre de María. En los discípulos de Emaús, Jesús recurre a la fracción del pan, gesto inolvidable para los suyos. En la aparición junto al lago de Galilea, Jesús evoca la pesca milagrosa de su vida pública con otra pesca semejante. Y cuando se aparece a los apóstoles y a Tomás, según leemos en el Evangelio de hoy, Jesús les muestra las señales de la pasión en las manos y el costado. Este es el principio de identidad de su propio cuerpo, que, aunque ha sido transformado en cuerpo «celestes» o glorioso, sigue siendo el mismo y puede ser reconocido como tal. Por ello, la resurrección confirma que se trata del Crucificado. Esto lo dice muy bien san Juan en el Apocalipsis, que también leemos hoy. Cuando Jesús Resucitado se le revela en la isla de Patmos, le dice: «No temas; yo soy el Primero y el Último, el Viviente; estuve muerto, pero ya ves: vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del abismo» (Apc 1,17-18). No se puede explicar mejor el misterio de la Resurrección. Es lo mismo que dicen los ángeles a las mujeres cuando encuentran vacío el sepulcro: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí. Ha resucitado» (Lc 24,5-6).

Segovia, abril 2022.

+ César Franco

Obispo de Segovia

SE APARECIÓ DE ESTA MANERA

Los cuatro Evangelios terminan con relatos de apariciones de Jesús a los suyos. Aunque no narran el hecho de la resurrección, las apariciones confirman que Jesús ha vencido la muerte. Está vivo y se manifiesta a los suyos. Con frecuencia, sin embargo, la idea que se tiene de la resurrección

es la de un alejamiento de los suyos en un mundo que no tiene relación con el nuestro. Nada más ajeno a la realidad. Al despedirse de los suyos, Jesús les dice: «Sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de los tiempos» (Mt 28,20). Ya el hecho de que diga «yo estoy», en presente, es significativo. La resurrección no aleja a Cristo de los suyos, sino que establece una relación más estrecha que la de su vida terrena. Así lo indica el final de Marcos: «Ellos se fueron a predicar por todas partes, y el Señor cooperaba confirmando la palabra con las señales que los acompañaban» (Mc 16,20). Jesús, no solo está con los suyos, sino que coopera en su trabajo.

Esta relación de Cristo con su Iglesia es descrita de modo magistral en el Evangelio de este domingo. Se trata de la última aparición de Jesús en el Evangelio de Juan. Al aparecerse en Jerusalén, Jesús había pedido a los discípulos que fueran a Galilea para verlo. Juan describe este encuentro en Galilea, junto al lago de Tibieríades, donde Jesús había llamado a los primeros discípulos. Los siete apóstoles que estaban allí son sorprendidos por un visitante que les pide pescado para comer. Al responderle que no han pescado nada durante la noche, el visitante les dice que echen la red a la derecha y encontrarán, como así fue. Juan reconoce entonces que se trata de Jesús y Pedro se tira al mar para llegar el primero a la orilla. Los demás llegan a la orilla con una red llena de peces. Concretamente, ciento cincuenta y tres. Pero, cuando llegan a la orilla, ven unas brasas encendidas y sobre ellas un pez y pan. Se trata, sin duda, de una evocación de la Eucaristía; por ello, nadie pregunta a Jesús quién es, porque sabían que era él.

Con este relato tan elocuente, Jesús ha retornado a Galilea, que es como decir que la historia allí empezada continúa también allí. No ha salido de la vida de los suyos, ni de su trabajo ordinario, la pesca. Al hacer el milagro, evoca el que ya hizo cuando llamó a Pedro también des-

pués de otra pesca milagrosa. Y Pedro, al arrastrar la red llena de peces hacia la orilla, está cumpliendo su misión: llevar la iglesia, simbolizada en la red, hacia Cristo, su cabeza. Hasta el número de peces —ciento cincuenta y tres— significa la totalidad de los pueblos que creerán en Jesús. Todos caben en la red sin que esta se rompa, porque la iglesia, a pesar de los cismas, es una unidad indestructible. Todo cuadra, por tanto, en la vida de Jesús y en la de la Iglesia. Jesús encomienda su Iglesia a Pedro, pero no desaparece de ella, sino que sigue presente haciendo la eucaristía y caminando por delante de los suyos. Así lo sugiere claramente el final del relato. Después de haber examinado a Pedro tres veces sobre el amor, Jesús le dice la palabra clave: Sígueme. Y en pos de Jesús, avanza Pedro seguido por Juan. Hermosa escena en la que, con Cristo a la cabeza, Pedro y Juan siguen sus huellas ante un horizonte abierto, donde, a diferencia de otras apariciones, como la de Emaús, no se dice que Jesús desaparezca. ¡Cómo va a desaparecer si es la cabeza de la Iglesia! Resucitar no significa abandonar este mundo, sino reconducirlo hacia la plenitud. No es difícil imaginar la escena: Jesús camina delante, hacia la plenitud de la historia futura. Detrás van los apóstoles, con la conciencia clara de que Él vive, no ha desaparecido ni lo hará nunca. Está presente.

Segovia, mayo 2022
+ César Franco
Obispo de Segovia

¡ADIÓS, HERMANAS DEL CÍSTER!

Con hondo pesar no pude celebrar, a causa del COVID, la eucaristía de despedida de las monjas cistercienses de santa María y san Vicente el Real, cuyo monasterio, acostado en la ribera del Eresma, en línea con san Juan de la

Cruz, el Parral de los jerónimos, la iglesia de la Veracruz y el santuario de la Fuencisla ofrece de Segovia una fisonomía mística, heredera de grandes tradiciones espirituales que marcan la historia del Occidente cristiano. Perdemos el Císter, arraigado en la regla de san Benito y reformado por monjes, entre los que destaca san Bernardo de Claraval, que retornaron a las fuentes del *ora et labora* y a la austeridad tanto artística como litúrgica que se había descuidado por los benedictinos de Cluny.

Pero quiero hablar sobre todo de sus cuatro monjas que aún habitan el monasterio, ancianas y cargadas de virtudes, que viven su partida como si las arrancaran de raíz de la bendita tierra que han trabajado y amado como una herencia recibida de Dios. La obediencia les conduce al final de sus vidas a otro hogar. Marchan con dolor y esperanza, con nostalgia de su vida escondida en este pequeño paraíso, testigo de la ofrenda de sus vidas, de su plegaria y silencio, de su hospitalidad fraterna, que echaremos de menos los segovianos. Recuerdo la primera vez que celebré la Eucaristía con esta comunidad, cuyo número ascendía entonces a once monjas. Junto al altar, estaba el báculo de la abadesa mitrada (no sé si queda alguna en España con este rango). Bromeé con la madre diciéndole que su báculo era más alto que el mío y le pregunté si eso significaba competencia con mi autoridad. Sonrió como hacen los ángeles y me comentó que ella no lo usaba. En el Císter la autoridad pertenece a Cristo. Ahora, la abadesa ha tenido la gentileza de regalarme el báculo de su toma de posesión, que usaré como recuerdo de la autoridad de las mujeres en la Iglesia (apenas recordada hoy), que se expresa en el servicio y amor mutuo, el cuidado fraterno de la comunidad y la diligencia en la oración y el trabajo que ha hecho del Císter un modelo indiscutible de humanidad y vida en común.

Desde que la obediencia les dio a conocer el cierre del monasterio he tratado más con estas monjas y he percibido mejor su espiritualidad y virtudes, su extraordinario des-

prendimiento de los bienes de este mundo, y su deseo de consumir sus vidas fieles al camino de santidad que encontraron en su juventud. Una de ellas, que está ciega, vive acogida en las Hermanitas de los Pobres, porque los carismas se hermanan fácilmente en la caridad. Su rostro rebosa la luz interior del Císter y, aunque no ve, te mira con una ternura indecible, y con la sonrisa de quien todo lo tiene en el Dios que la ama y sostiene.

Se nos van las monjas cistercienses y, aunque muchos no lo entiendan, Segovia es más pobre sin ellas. Perdemos un hogar de oración y mística pegada a la tierra. Perdemos una tradición de siglos. Nos quedamos sin un reclamo hacia Dios, como la campana que toca a maitines y a las horas canónicas. Hasta el final, cansadas de ordenar y limpiar para dejar todo en orden, han luchado por dilatar su partida. Han podido celebrar el Triduo Sacro y contemplar la ciudad de Segovia desde sus celdas con la oración que nunca nos faltará mientras vivan en el agitado Madrid donde seguirán su camino de santificación. Para mí son santas y lo digo con el orgullo del pastor que conoce a sus ovejas, aunque no tanto como las conoce Cristo, el único que puede entrar en su secreto jardín interior.

Gracias, hermanas, por su entereza, sabiduría, sencillez, obediencia y humildad. Gracias por el testimonio de su vida. ¡Que Dios provea y vuelvan a sonar las campanas que nos inviten a adorar a Dios!

Segovia, mayo 2022.
+ César Franco
Obispo de Segovia.

SAN JUAN DE ÁVILA, MAESTRO EJEMPLAR DEL PUEBLO

La Iglesia celebró el 10 de mayo la fiesta de san Juan de Ávila (1499-1569), patrono del clero español. Muchos calificativos se han usado para designar a esta figura insigne de la iglesia española: predicador, confesor, padre espiritual, misionero, doctor, teólogo, reformador de la Iglesia. En todos estos ámbitos, san Juan de Ávila sobresale de forma eminente por su profunda vida evangélica, su austeridad de vida y su celo apostólico, que le llevó a desear ir a América como misionero. Su camino, sin embargo, estaba en España y, más concretamente, en Andalucía, donde ejerció su ministerio con tanta dedicación que se le ha llamado «apóstol de Andalucía».

La liturgia, en la oración colecta de la Eucaristía, le llama, sin embargo, «maestro ejemplar» para el pueblo cristiano. Todo lo que hizo — estudio, predicación, fundaciones, dirección de almas — tenía como horizonte el pueblo cristiano, convencido como estaba de que sólo la reforma del pueblo cristiano podía dar a la Iglesia su verdadero rostro, el de la santidad. Para alcanzar este fin, comprendió que, sin sacerdotes ejemplares, celosos y abnegados, la suerte del pueblo cristiano peligraba. En este sentido, se adelantó al concilio de Trento, como lo muestran sus *Memoriales*, en el afán de la reforma del clero, y sintoniza perfectamente con el Concilio Vaticano II cuando afirma que la santidad del clero es elemento necesario para la edificación del pueblo cristiano: «Aunque la gracia de Dios puede realizar la obra de la salvación, también por medio de ministros indignos, sin embargo, Dios prefiere, por ley ordinaria, manifestar sus maravillas por medio de quienes [...] por su íntima unión con Cristo y su santidad de vida, pueden decir con el apóstol: "Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí" (Gal. 2, 20)» (PO 12).

Los escritos de san Juan de Ávila ponen de relieve la mayor preocupación de quien ha sido llamado con toda razón por el historiador Hubert Jedin «reformador de la Iglesia», en el sentido más literal de la expresión. Para llevar adelante la reforma, de la iglesia y del clero, utilizó dos instrumentos de raíz evangélica. El primero fue la palabra. El epitafio lacónico de su tumba —*messor eram* (fue sembrador)— apunta a la predicación como medio para instruir y consolar al pueblo. La palabra predicada con sabiduría y fortaleza echa raíces en el corazón de los fieles y produce la conversión, como ocurrió de forma inmediata con san Juan de Dios en Granada cuando escuchaba su predicación. Preparar la predicación, orarla antes de proclamarla, es una lección que nos ha dejado a quienes somos sembradores de la palabra.

El segundo medio es la dirección de almas, hermosa expresión que san Juan de Ávila ha engrandecido con su magisterio sobre la paternidad espiritual, que tiene en san Pablo su fundamento: «Por medio del Evangelio soy yo quien os ha engendrado para Cristo Jesús» (1 Cor 4,15). No puede expresarse con más claridad la relación entre Palabra de Dios y paternidad espiritual, que no es una expresión meramente alegórica, sino que entraña un realismo que solo entienden quienes dedican su vida a engendrar y alumbrar la vida eterna en sus fieles. Por ello, no debemos celebrar su fiesta solo los sacerdotes por ser nuestro patrono particular, sino todo el pueblo de Dios. Solo así mostraremos que nuestro sacerdocio ministerial y el sacerdocio bautismal de los fieles son inseparables, viven de una positiva dialéctica que pone de relieve la súplica que elevamos a Dios en la liturgia del santo maestro ejemplar: «Haz que también en nuestros días crezca la Iglesia en santidad por el celo ejemplar de tus ministros».

Segovia, mayo 2022
+ César Franco
Obispo de Segovia

ACOMPañAR EN EL SUFRIMIENTO

La Pascua del Enfermo, celebrada en este domingo, nos exhorta a «acompañar en el sufrimiento» a quienes sufren la enfermedad. La condición humana comporta la debilidad de nuestra naturaleza, la enfermedad y la muerte. Por mucho que luchemos contra lo que provoca las enfermedades, sabemos bien que podemos aminorar el dolor, vencer algunas enfermedades, sobreponernos a la fragilidad, pero nunca venceremos la muerte de la que la enfermedad o la edad es antesala inevitable. Quien larga vida desea, dice san Agustín, larga enfermedad desea. Se explica, pues, que una de las actitudes de Jesús fuese el acercamiento a los enfermos, los sanara en algún caso, y nos exhortara a visitarlos. Estuve enfermo y me visitasteis, dice en el juicio último a la humanidad.

Es propio de Cristo asumir el dolor del hombre. Según Isaías, esa fue su intención al encarnarse. Asumió nuestros dolores y enfermedades y con sus heridas curó las nuestras. La parábola del «Buen Samaritano» es, más allá de una enseñanza moral, el retrato más expresivo de Cristo, que desciende de su cabalgadura para curar al herido, cargar con él y llevarlo a la posada, que es lugar de misericordia. Esta parábola ha calificado a la Iglesia como samaritana, que, al ejemplo de Cristo, se para junto al hombre que sufre y le unge con el óleo del amor, compadeciendo con él para hacer más llevadero la prueba del sufrimiento.

Junto al dolor físico, el enfermo puede padecer también una crisis espiritual, que le lleva a preguntarse sobre Dios, su misericordia y providencia. La experiencia del dolor nos sitúa en la frontera de nuestra fragilidad y, en ocasiones, en la frontera de la duda de fe. Los cristianos debemos estar atentos a este riesgo. El enfermo no sólo necesita medicinas para el cuerpo, sino aliento para su espíritu, seguridad de que el sufrimiento puede ser —de hecho, lo es— lugar de crecimiento espiritual. No olvidemos lo que dice la carta a los

Hebreos sobre Cristo: «fue perfeccionado por los sufrimientos». El debate teológico suscitado por este texto es inagotable y no conviene dulcificarlo con explicaciones que pierdan de vista la condición humana del Hijo de Dios que quiso pasar por la experiencia del padecimiento. Muchos enfermos son «sanados» cuando descubren que la aceptación de su condición es un paso adelante en el crecimiento integral de su persona. De ahí viene la necesidad de «acompañar» al enfermo. Junto a la ciencia médica, que progresa en el alivio del dolor, se necesita la ciencia del espíritu que ofrece, como dice V. Frankl en su espléndida monografía sobre el hombre doliente, la «terapia» de la palabra que hace del médico o sanitario, o del familiar y amigo, un acompañante con capacidad de sanar las heridas del alma acechada por la desesperanza, el sinsentido o la renuncia a asumir la propia enfermedad. ¿Qué otra cosa intentó Jesús con el sacramento de la unción de los enfermos? La oración por el enfermo, junto a la unción con el óleo santo, es la acción de Cristo que viene a identificarse con quien sufre para alentar su esperanza, no solo en la curación, sino en la seguridad de que no está solo en su padecimiento, sino acompañado por la iglesia que lo sostiene en la fe, y, sobre todo, en las manos del Buen Samaritano que no es indiferente ante el dolor ajeno, ya que él mismo participó de nuestra condición humana.

La Pascua del enfermo es el paso de Cristo por la vida del enfermo. El Resucitado se hace presente para iluminar el camino hacia la sanación integral del hombre que se revelará un día en la resurrección de la carne, esa que nos parece tan frágil como la caña cascada o el pábilo vacilante (cf. Mt 12,20).

Segovia, mayo 2022.
+ César Franco
Obispo de Segovia.

COMO ESTRENANDO CUERPO

La vida de Jesús ha sido comparada con un viaje. Un viaje desde el Padre a los hombres, de la eternidad al tiempo. Esto es lo que sucedió en la Encarnación, cuando el Hijo de Dios acampó entre nosotros. Y un viaje de retorno, una vez resucitado, que Jesús describe como «me voy al Padre». Se cierra así su ciclo en la historia de la humanidad. A este retorno se le llama «Ascensión». El evangelista historiador, llamado Lucas, dice al comienzo de su segunda obra, Los Hechos de los Apóstoles, que Jesús se presentó a sus apóstoles «después de su pasión, dándoles numerosas pruebas de que estaba vivo apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles del reino de Dios» (Hch 1,3). Este tiempo de apariciones se clausura con la Ascensión, que describe de esta manera sobria: «A la vista de ellos, fue elevado al cielo, hasta que una nube se lo quitó de la vista» (Hch 1,9). En su Evangelio, lo narra de manera parecida. Después de haber comido con ellos, Jesús «los sacó cerca de Betania y, levantando sus manos, los bendijo. Y mientras los bendecía, se separó de ellos, y fue llevado hacia el cielo. Ellos se postraron ante él y se volvieron a Jerusalén con gran alegría» (Lc 24,50-52).

El retorno de Jesús al Padre es descrito de una manera simbólica como ascensión a los cielos. Esta fórmula, sin embargo, no significa que Jesús asciende al cielo que vemos. En la mentalidad judía la morada de Dios es presentada por «los cielos», que representa adecuadamente el mundo que está más allá de lo que vemos y trasciende, como es obvio, el límite de lo creado. Jesús retorna al Padre, que es su morada definitiva. Vuelve al origen del que vino, al seno del Padre. Como hemos dicho, Jesús cierra así su ciclo iniciado en la encarnación.

Esta vuelta de Jesús a su Padre tiene una trascendencia que pasa a menudo desapercibida. El que ahora asciende a los cielos es el Hijo de Dios encarnado, crucificado y resuci-

tado. Dicho de otra manera: asciende con la realidad de su carne, que es la nuestra. El Hijo de Dios, que durante toda la eternidad hasta la encarnación no poseía carne humana, asciende ahora con su propio cuerpo. Ante el asombro de los ángeles, como dice la Escritura, asciende hecho hombre con una carne glorificada en la que pueden contemplarse las huellas de su pasión. En el seno de la Trinidad ha sucedido un cambio trascendente en Dios y en los hombres. En Dios, porque el Hijo tiene la forma del hombre que asumió en la encarnación, mostrándose así como uno de nosotros, aunque glorificado. En nosotros, porque, al asumir nuestra carne, podemos decir con san Pablo que, en cierto sentido, nuestra carne ha ascendido con él y estamos unidos a él en la gloria eterna. Así lo han descrito admirables pintores y escultores, cuando, al representar la Trinidad, muestran a Cristo en su realidad carnal, con las llagas visibles en sus manos, pies y costado, e incluso abrazado a la cruz como signo de su pasión. Al contemplar al Verbo en la gloria del Padre, con un cuerpo semejante al nuestro, entendemos más fácilmente que ese es nuestro destino: ascender, subir, elevarnos –primero solo en alma y, al final, con el cuerpo– hasta el seno del Padre para alojarnos en la morada que nos ha preparado junto al que nos ha redimido, no de cualquier manera, sino asumiendo nuestra naturaleza mortal, que ha sido trasformada mediante la resurrección de la carne. Al contemplar a Cristo ya en su gloria, podemos decir con el poeta Daniel Cotta: «Y ya nos parecemos más a Dios, /luego el día se acerca, /el día que esperamos y que asusta, /el día en que podamos salir de la materia/ y veamos la luz/ y respiremos fuera/ como estrenando cuerpo/ y Dios nos tenga en brazos y nos meza/».

Segovia, mayo 2022
+ César Franco
Obispo de Segovia

EL SÍNODO EN LA PERSPECTIVA DE PENTECOSTÉS

El pasado 15 de mayo clausuramos la etapa diocesana del Sínodo de Obispos convocado por el Papa para el año 2023 sobre el tema «Por una iglesia sinodal: comunión, participación y misión». El resumen de las diversas aportaciones es muy ilustrativo del interés que ha suscitado esta convocatoria en la que han podido participar quienes han querido. Como en todo lo que sucede en la Iglesia, hay luces y sombras.

En el informe se ha insistido mucho en que todos formamos la Iglesia de Cristo y en ella todos tenemos nuestra voz y nuestro compromiso personal. La consulta realizada ha servido para sentirnos libres a la hora de expresar cómo es nuestra adhesión a la iglesia y cuál es nuestra participación real en ella. Los laicos piden mayor participación en las decisiones de la Iglesia. No sólo ser escuchados, sino atendidos en aquello que legítimamente piden. De los sacerdotes, piden cercanía, acompañamiento, tiempo de escucha. Hay una estima por el culto, especialmente, la Eucaristía, aunque echan de menos mayor preparación de las homilías, más adaptadas a la situación actual de la sociedad. Desean que las celebraciones sean más vivas, exentas de rutina y pasividad. Reconocen también los laicos que necesitan más espiritualidad y formación para poder asumir tareas en la Iglesia. No se trata de «clericalizar» a los laicos, sino de ayudarles a vivir su vocación laical en una sociedad muy secularizada, que necesita el testimonio vivo de los creyentes. Para ello, reconocen que la formación es imprescindible.

Muchas de las propuestas son ya una realidad en la Diócesis de Segovia, aunque no en todos los ámbitos y parroquias: consejos pastorales y económicos, participación en decisiones diocesanas (como el Plan Diocesano de Pastoral), vitalización de los arciprestazgos, escuela de teología para laicos y un largo etcétera que no todos conocen.

Otras propuestas son perfectamente asumibles, en la medida en que todos vivamos la sinodalidad.

También hay sombras en las aportaciones. Bien por el silencio de temas fundamentales como el de la vida moral de los cristianos, que implica la conversión personal y comunitaria y, por consecuencia, la práctica del Sacramento de la Reconciliación; bien por una comprensión errónea de la llamada adaptación de la Iglesia a la sociedad, que parte del supuesto de que los criterios socializados como válidos deben ser asumidos por la iglesia: ideología de género, abolición del celibato, sacerdocio femenino, concepto de familia, matrimonio entre personas del mismo sexo, aborto, etc. Es obvio que la Iglesia debe adaptarse a los tiempos modernos, pero ¿de qué adaptación se trata? ¿qué se entiende por modernidad? ¿Acaso el modo de vivir la sociedad actual es criterio de discernimiento para la adaptación que la Iglesia necesita? Esto significaría la renuncia al Evangelio, único criterio válido para cualquier reforma en la Iglesia. Pentecostés supuso la irrupción del Espíritu que cambió los esquemas de la cultura grecorromana y judía. El Sínodo, como dice el Papa Francisco, conlleva la apertura al Espíritu de Pentecostés que se actualiza en cada momento de la historia para conducir a la humanidad hacia su plenitud. Hay que escuchar a la sociedad, ciertamente, pero no para seguir gregariamente sus criterios ni sus postulados, sino para descubrir en ella la llamada que el Espíritu nos hace para inculturar el Evangelio, sin perder su perenne novedad como han hecho los grandes santos reformadores de la Iglesia. Solo así el sínodo podrá ser una poderosa luz que nos guíe en el camino de la evangelización que necesita nuestra sociedad tan carente de referencias trascendentes, espirituales y morales.

Segovia, junio 2022
+ César Franco
Obispo de Segovia

¿POLITEÍSMO CRISTIANO?

El misterio de la Santísima Trinidad que celebramos este domingo es para muchos cristianos una cuestión de debate teológico sin conexión con la vida diaria. Jesús, sin embargo, le dio gran importancia al hablar del Padre, de sí mismo como Hijo, y del Espíritu Santo. El judaísmo y el islam consideran que los cristianos somos politeístas porque, aunque afirmamos la existencia de un solo Dios, confesamos la Trinidad como si fueran tres dioses. Si Dios es, en sí mismo, un profundo misterio, la fe en la Trinidad hace más compleja aún la reflexión teológica.

No es así, sin embargo, en la evolución que la fe en un solo Dios ha experimentado en el Antiguo Testamento y, sobre todo, en la enseñanza de Cristo. Con toda naturalidad, Jesús ha hablado de su Padre y del Espíritu, con quienes mantiene una relación personal, única y eterna. El hecho de que Jesús se considere uno con el Padre indica que ambos gozan de la misma naturaleza divina, que comparten con el Espíritu que los une de modo indivisible. Lo más significativo de la enseñanza de Jesús es que tanto el Padre como el Espíritu están presentes en todo lo que hace, de forma que su vida entera está inundada de su presencia. No son una idea o abstracción. Son personas. Esta presencia no se da solo en la vida de Jesús, sino en la vida de los hombres. Solo es preciso descubrirla. Esto es precisamente lo que enseña Jesucristo.

Jesús afirma que ha venido a revelar al Padre, cuya misericordia es infinita. Las comparaciones que utiliza están tomadas de los detalles más cotidianos de la vida humana, en la que el padre juega un papel importante. Baste recordar, como paradigma, la parábola del hijo pródigo. También Jesús habla del Espíritu como aquel que viene a ocupar su lugar, una vez terminada su misión en el mundo. Es el Espíritu de la verdad y de la vida que viene a desentrañar toda la riqueza de Cristo y conducirnos a la plenitud de la

revelación. Los nombres que recibe — consolador, defensor, abogado, vivificador — indican una estrecha relación con los hombres en su vida diaria, como estrecha fue la relación con Jesús.

La Trinidad, por tanto, no es un dogma extraño a la vida de los hombres. Conceptos como familia, comunidad, comunión, Iglesia, tienen su último fundamento en el Dios revelado por Cristo, el que, a lo largo del Antiguo Testamento, se va auto-manifestando como uno y único en la trinidad de las personas. De hecho, como señalan los exegetas, lo que son atributos de Dios — el logos, palabra o sabiduría, y el espíritu — van adquiriendo vida propia, consistencia individual, hasta convertirse en la enseñanza de Cristo en «personas» que conforman, en la unidad de la divinidad, el único Dios verdadero, el que ya en la creación del hombre hablaba en plural — «hagamos al hombre» —, y se manifestó a Abrahán en figura de tres ángeles que el magnífico pintor oriental Rublev pintó en su famoso icono con el mismo rostro y con los atributos propios de cada una de las personas. Los pintó sentados en torno a la mesa que evoca la Eucaristía para que, al pensar en la Trinidad, no tuviéramos que elevarnos a las alturas celestes, sino que descubriéramos que Dios ha querido compartir con los hombres la vida en torno a una mesa donde la familia humana crece y se constituye como tal a imagen de esa familia primigenia, la celeste, en la que Dios no vive absorto en una soledad trascendente sino que dialoga en la comunión de las tres personas y mira el mundo como el lugar donde ha querido manifestarse a los hombres y compartir su vida. No se trata de un politeísmo cristiano, sino la explicación de por qué el hombre está llamado a ser comunión con sus semejantes a imagen de Dios.

Segovia, junio 2022
+ César Franco
Obispo de Segovia.

CORPUS CHRISTI, FUENTE DE CARIDAD

La solemnidad del Corpus Christi centra la atención en el Sacramento de la Eucaristía, que es fuente y culmen de toda la vida cristiana. La Eucaristía es el mismo Cristo anodado bajo las especies sacramentales del pan y del vino. El Hijo de Dios no solo quiso participar de nuestra carne y sangre (cf. Heb 2,14), sino que ha querido hacerse alimento de vida eterna para los hombres. La Eucaristía es comida y bebida de inmortalidad.

El pueblo de Israel esperaba, en tiempo de Jesús, la llegada de un mesías y sacerdote que fuese el cumplimiento de las promesas del Antiguo Testamento. Leví era la tribu sacerdotal de la que, según la ley de Moisés, salían los ministros del templo. En la liturgia de hoy se habla de otro sacerdocio, distinto del levítico, personificado en la figura de Melquisedec, que ha pasado a la historia como tipo de Cristo porque, según el libro del Génesis, ofreció pan y vino como sacerdote del Dios Altísimo (cf. Gn 14,18). Se explica, pues, que en la carta a los Hebreos, su autor presente a Jesús, no como sacerdote de la tribu de Leví, a la que no pertenecía, sino según el orden de Melquisedec.

En la Última Cena con sus apóstoles Jesús ofrece su Cuerpo y Sangre en el pan y el vino que consagra de modo definitivo para la Iglesia a través del ministerio de sus ministros a quienes dice con toda claridad: «Haced esto en conmemoración mía». El primer documento que recoge esta tradición es la primera carta de san Pablo a los Corintios, escrita a mediados de los años cincuenta d.C. Hoy leemos su relato de la institución de la Eucaristía, cuya tradición, según el apóstol, se remonta al Señor. No hay duda de que la fe de la Iglesia en la Eucaristía está expresada en este magnífico texto que resume los contenidos fundamentales de la fe en la presencia eucarística de Cristo en el pan y el vino consagrados.

En la Eucaristía, Cristo permanece con nosotros para siempre. En ella tenemos la certeza de que nos acompaña en esta vida de peregrinos como alimento sustancial que, después de la muerte, nos introducirá en la vida eterna. No cabe mayor tesoro ni consuelo para los mortales. Se explica, por tanto, que la Iglesia desde sus orígenes preservara a la Eucaristía de toda profanación, como muestra el texto citado de san Pablo a los Corintios, a quienes acusa de celebrar indignamente la Eucaristía haciéndose reos del Cuerpo y la Sangre del Señor. En su exhortación, el apóstol hace referencia a algunos comportamientos que humillaban a los pobres en el ágape que precedía o seguía a la liturgia eucarística. Posiblemente se trataba de ostentación por parte de quienes poseían más comida frente a quienes apenas tenían lo necesario. La postura de san Pablo es clara: «Si uno tiene hambre que coma en casa, a fin de que no os reunáis para condena» (1 Cor 11,34). La Eucaristía no podía convertirse en ocasión para la división y el desprecio de los pobres.

Esta relación entre Eucaristía y caridad, que es distintiva de la Iglesia desde sus orígenes, tiene una profunda razón teológica y litúrgica: el Hijo de Dios se ha hecho pobre por nosotros para enriquecernos con su pobreza. Comulgar en la cena del Señor es incompatible con actitudes de olvido, desprecio y humillación de los pobres. El amor a la Eucaristía se hace patente en la caridad con los más necesitados. De otra forma, la Eucaristía se convertiría, como dice el apóstol, en motivo de condena para quien no la honra con los deberes de la caridad. Hoy es el día de Cáritas que bebe de la fuente de la Eucaristía. Adorar a Cristo en la eucaristía nos debe conducir a venerar a Cristo en los pobres compartiendo con ellos vida y bienes.

Segovia, junio 2022
+ César Franco
Obispo de Segovia.

EL HOMBRE ES MISIÓN EN LA TIERRA

Es frecuente entre los cristianos que al escuchar la palabra «vocación» pensemos de inmediato en la llamada especial al sacerdocio, a las misiones o a la vida consagrada. Pocos piensan en la vida como vocación, o en la vocación a vivir, que es la primera de todas las vocaciones. La palabra «vocación» viene del latín *vocare*, que significa llamar. Dios llama al hombre cuando inicia su existencia en el seno materno. Es la primera y fundamental vocación: la llamada a la vida. Vivir con pleno sentido significa que el tiempo en este mundo es una gracia de Dios para desarrollar nuestra condición de personas. Todo hombre, sin excepción, es vocación. Y, al mismo tiempo, es misión porque no se concibe que Dios llame a alguien sin otorgarle una misión específica. Así lo dice el Papa Francisco: «*Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo. Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar. Allí aparece la enfermera de alma, el docente de alma, el político de alma, esos que han decidido a fondo ser con los demás y para los demás. Pero si uno separa la tarea por una parte y la propia privacidad por otra, todo se vuelve gris y estará permanentemente buscando reconocimientos o defendiendo sus propias necesidades*» (EG 273).

Vivir con esta intensidad del alma es la vocación que todo hombre y mujer recibe por el hecho de ser creado. Ese es nuestro destino. Con el bautismo, además, la vocación recibe un carácter cristológico: se trata de vivir en Cristo, como dice san Pablo. Esto configura la vida del bautizado de forma plena y total. Ser en Cristo y vivir en Cristo es la vocación del bautizado, que se convierte en testigo del Evangelio y de la vida nueva de la resurrección. A esto llamamos vocación *laical* (que viene de la palabra griega *laos*, pueblo), o *secular* (de *seculum*, siglo o mundo). En cuanto miembro del pueblo de Dios, el Papa dice: «La misión en el

corazón del pueblo no es una parte de mi vida, o un adorno que me puedo quitar; no es un apéndice o un momento más de la existencia. Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme» (EG 273). Por lo que toca a vivir en el mundo, es obvio que sería una alienación desentenderse de él y de las tareas temporales que, como seglares, los cristianos deben realizar sin separar la vocación cristiana de la vida pública.

En este domingo, leemos relatos de vocación de personas que son escogidas para una radical entrega a Dios. El profeta Eliseo, discípulo de Elías, recibe la misión de continuar su tarea. En el Evangelio, varias personas se acercan a Jesús para seguirle con entrega total (cf. Lc 9,57-62). Las condiciones que pone Jesús pueden parecer exageradas, pero indican que, para seguirle, no basta sólo la propia voluntad, sino aceptar que es Cristo quien llama y elige a los quiere, no por sus méritos, sino por la elección del quien puede poner condiciones por ser Hijo de Dios. «No me habéis elegido a mí, dice Jesús, soy yo quien os he elegido». Hay que tener en cuenta que, si Jesús puede poner condiciones para el seguimiento radical, es porque también ofrece lo que ningún ser humano puede dar: la vida eterna. Si olvidamos esto, ni la vocación laical, ni la sacerdotal ni la de la vida consagrada tendrían pleno sentido. Dios, al crearnos, nos ha dado la libertad para aceptar o no su llamada, pero, si Dios es Dios y no puede dejar de serlo, es él quien pone las condiciones cuando llama. En este sentido no hay vocaciones de primera, de segunda o tercera categoría, porque quien reconoce la existencia de Dios, acepta su soberanía y entiende que la libertad consiste en amarle sobre todas las cosas.

Segovia, junio 2022
+ César Franco
Obispo de Segovia.

CONFIRMACIONES

Han tenido lugar en los siguientes lugares y fechas:

ABRIL

- Día 22. San Rafael.
- Día 23. Fuetepelayo.
- Día 24. Los Ángeles de San Rafael.

MAYO

- Día 2. UPA Centro de Segovia.
- Día 6. Coca.
- Día 12. San Millán, de Segovia.
- Día 13. Santa Eulalia y Santo Tomás, de Segovia.
- Día 14. Colegio Claret.
- Día 27. La Resurrección, de Segovia.
- Día 29. Cuéllar.

JUNIO

- Día 5. Santa Iglesia Catedral.
- Día 10. San Lorenzo, de Segovia.
- Día 16. Sanchonuño y Gomezterracedo.
- Día 18. Madrona.
- Día 25. Nuestra Señora del Carmen, de Segovia.

VISITA PASTORAL

El Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de Segovia, Mons. César Augusto Franco Martínez, ha realizado la Visita Pastoral a los siguientes lugares:

ABRIL

- Día 1. Escalona del Prado.
- Día 2. Sauquillo y Aldea Real.
- Día 3. Lastras de Cuéllar y Aguilafuente.

MAYO

- Día 2. Santuario del Henar.
- Día 8. Tolocirio, Montejo de Arévalo y San Cristóbal de la Vega.
- Día 9. Nava de la Asunción.
- Día 11. Ciruelos de Coca, Villeguillo y Fuente de Santa Cruz.
- Día 13. Ochando, Balisa y Villoslada.
- Día 15. Aragoneses y Paradinas.
- Día 17. Montuenga y Martín Muñoz de las Posadas.
- Día 18. Codorniz, Aldeanueva del Codonal y Aldehuela del Codonal.
- Día 19. Moraleja de Coca, Santiuste de San Juan Bautista y Bernuy de Coca.
- Día 20. Nava de la Asunción, Hoyuelos, Melque de Cercis y Juarros de Voltoya.
- Día 21. Navas de Oro y Nava de la Asunción.
- Día 22. Armuña y Migueláñez.
- Día 24. Tabladillo, Nieva y Santa María la Real de Nieva.
- Día 25. Pinilla Ambroz, Pascuales y Ortigosa de Pestaño.
- Día 26. Navas de Oro.
- Día 28. Miguelibáñez y Bernardos.
- Día 30. Coca.
- Día 31. Villagonzalo de Coca.

JUNIO

- Día 3. Rapariegos y Coca.
- Día 4. Domingo García.
- Día 12. Martín Muñoz de la Dehesa y Donhierro.
- Día 15. Navas de Oro.
- Día 21. Santa María la Real de Nieva.

AGENDA DEL SR. OBISPO

ABRIL 2022

- Día 3. Misa 25 años de la Iglesia San Alfonso Rodríguez.
- Día 4. Visitas en el Obispado.
- Día 5. Consejo de Gobierno. Día 6. Celebra las exequias de Don Julio Redondo en Bernuy de Porreros. Reunión con la Junta del Montepío del clero.
- Día 7. Visitas en el Obispado.
- Día 8. Preside la reunión del nuevo Consejo Presbiteral. Preside la Misa-Novenario en la parroquia de Santa Eulalia. Nombramiento de Capataz Honorífico de la Hermandad de Ntra. Sra. la Soledad Dolorosa.
- Día 10. Procesión y Eucaristía del Domingo de Ramos en la S.I.Catedral.
- Día 11. Visitas en el Obispado. Preside la Misa Crismal en la S.I. Catedral.
- Día 12. Consejo de Gobierno. Participa en la procesión y oración de los 5 misterios con el Santo Cristo de la Esperanza en el 10º aniversario del grupo de capataces y costaleros.
- Día 13. Visitas en el Obispado. Por la tarde participa en el rezo del Via Crucis en la Huerta del convento de los Carmelitas.
- Día 14. Misa de la Cena del Señor del Jueves Santo en la S.I.C.
- Día 15. Sermón de las 7 Palabras en San Miguel. Celebración del Viernes Santo. Procesión de los Pasos.
- Día 16 - 17. Vigilia Pascual.
- Día 17. Misa de Resurrección en la S.I. Catedral con Bendición Papal.
- Día 20. Visitas en el Obispado.
- Día 21. Visitas en el Obispado.
- Día 22. Consejo de Asuntos Económicos. Celebra Confirmaciones en la parroquia de San Rafael.
- Día 23. Confirmaciones en Fuentepelayo.

- Día 24. Confirmaciones en Los Ángeles de San Rafael
- Del 25 al 29 participa en la Asamblea plenaria CEE.

MAYO 2022

- Día 2. Confirmaciones de U.P.A Centro en la Trinidad.
- Día 6. Confirmaciones en Coca.
- Día 7. Vigilia oración vocaciones en la parroquia de San José.
- Día 9. Consejo de Gobierno.
- Día 10. Celebración de las bodas de oro y plata sacerdotales por San Juan de Ávila.
- Día 11. Visitas en el Obispado.
- Día 12. Visitas en el Obispado. Por la tarde celebra Confirmaciones en la parroquia de San Millán.
- Día 13. Encuentro de comisión de renovación de la Diócesis. Por la tarde, Confirmaciones de las parroquias de Santa Eulalia y Santo Tomás.
- Día 14. Confirmaciones en el Colegio Claret.
- Día 15. Por la tarde preside la Misa de clausura de la Fase diocesana sinodal.
- Día 16. Participa en el retiro de Pascua para sacerdotes.
- Día 17. Acto de inauguración de la Exposición Los Milagros Eucarísticos.
- Día 18. Visitas en el Obispado.
- Día 19. Visitas en el Obispado.
- Día 23. Visitas en el Obispado. Preside la reunión de Arciprestes.
- Día 24. Consejo de Gobierno.
- Día 25. Por la tarde visitas en el Obispado.
- Día 26. Visita las obras de la futura capilla Hospital de la Misericordia.
- Día 27. Consejo de Asuntos Económicos. Por la tarde, celebra Confirmaciones en la parroquia de la Resurrección.
- Día 28. Rosario de la Aurora y Misa en el santuario de la Fuencisla.

- Día 29. Celebra la Misa de despedida de las hermanas del Monasterio de San Vicente del Císter. Celebra Confirmaciones en Cuéllar.
- Día 31. Consejo de Gobierno.

JUNIO 2022

- Día 1. Visitas en el Obispado. Preside la Misa del Jubileo de la Vida Consagrada en el santuario del Henar. Misa de admisión a la Iglesia Católica de una persona.
- Día 2. Jornada Sacerdotal en Molinoviejo.
- Día 3. Visitas en el Obispado.
- Día 4. Saludo a los participantes en el encuentro de monaguillos. Curso de Formación de Jóvenes. Presentación de las conclusiones de la fase diocesana del Sínodo y vigilia de Pentecostés.
- Día 5. Celebra la Misa de Pentecostés en la S.I. Catedral. Por la tarde, Confirmaciones de adultos en la S.I. Catedral.
- Día 7. Consejo de Gobierno.
- Día 8. Visitas en el Obispado. Preside la reunión de la Asamblea del Monte Pío.
- Día 9. Participa en el Jubileo de los Sacerdotes en el Henar.
- Día 10. Participa en el Patronato de la Fundación Las Edades del Hombre. Celebra Confirmaciones en San Lorenzo.
- Día 11. Jornada sobre el Sínodo en la CEE.
- Día 12. Celebra el rito de paso a la Iglesia católica en Navalmanzano
- Día 14. Consejo de Gobierno.
- Día 15. Encuentro con profesores de Religión.
- Día 16. Preside la Misa del Día de la Caridad y visitas en el Obispado. Celebra Confirmaciones en Sanchonuño y Gomezserracín.
- Día 17. Consejo de Asuntos Económicos.
- Día 18. Preside la sesión conjunta de los Consejos de Pastoral y Presbiteral. Confirmaciones en Madrona. Entrega

- de premios del II Concurso de fotografía Tiempo de la Creación.
- Día 19. Preside la Eucaristía y procesión del día del Corpus Christi.
 - Día 20. Consejo de Gobierno. Por la tarde, celebra la Misa de la Minerva.
 - Día 21. Por la tarde, preside la entrega de premios del concurso de dibujo de la Delegación de Enseñanza de Religión. Preside la entrega de Premios Cope Segovia.
 - Día 22. Visitas en el Obispado. Encuentro con los sacerdotes del Arciprestazgo de Fuentepelayo.
 - Día 23. Visitas en el Obispado. Patronato de la Fundación de la Misericordia.
 - Día 24. Visitas en el Obispado.
 - Día 25. Confirmaciones en la Parroquia de El Carmen.
 - Día 26. Participa en el Jubileo de las Familias en el Henar.
 - Día 27. Visitas en el Obispado. Celebra la Eucaristía de San José María Escrivá de Balaguer.
 - Día 28. Consejo de Gobierno.
 - Día 29. Visitas en el Obispado. Misa de la solemnidad de los Santos Pedro y Pablo en la S.I. Catedral.
 - Día 30. Visitas en el Obispado.

II. CANCELLERÍA SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

El Excmo. y Rvdmo. Mons. César Augusto Franco Martínez se ha dignado hacer los siguientes nombramientos:

1 de abril de 2022.

Don Andrés de la Calle García. Párroco de la Unidad Centro de Segovia con las Parroquias de la Santísima Trinidad, San Miguel, San Martín, San Andrés y San Esteban, de la ciudad de Segovia. Seis años.

8 de abril de 2022.

La Comisión Permanente del Consejo Presbiteral estará constituida por un periodo de cinco años, como el propio Consejo, e integrada por los siguientes señores:

Ilmo. Sr. Don Mariano Sanz González, vicario judicial.

Ilmo. Mons. Alfonso M^a Frechel Merino, canceller.

Rvdo. Sr. Don Fernando Mateo González.

Rvdo. Sr. Don Jesús Rianza Cabezudo.

Rvdo. Sr. Don Pablo Montalvo Muñoz.

Rvdo. Sr. Don Edilberto Leonardo López.

Don Andrés de la Calle García.

Elegido para el Consejo de Pastoral

Don Santos Monjas Aguado.

Elegido para el Consejo de Pastoral

Don Francisco Javier Martín de Arce.

Elegido para el Consejo de Pastoral

Don Florentino Vaquerizo Gómez.

Elegido para el Consejo de Pastoral

17 de abril de 2022.

Don Florentino Vaquerizo Gómez. A sus actuales parroquias se le añaden como Párroco las parroquias de Bernuy de Porreros, La Mata de Quintanar y Cabañas de Polendos. Donec aliter provideatur.

Don Francesco David Gil González. A sus actuales parroquias se le añaden como Vicario Parroquial las parroquias de Bernuy de Porreros, La Mata de Quintanar y Cabañas de Polendos.

31 de mayo de 2022.

Don José Antonio Velasco Pérez. Director de la Extensión en la Diócesis de Segovia de la sección a distancia del ASCCRR de la Universidad Eclesiástica San Dámaso. Ad nutum. Director de la Escuela diocesana de Teología "San Ildefonso". Ad nutum.

Don Jean Damascene Ndayisenga. Vicario parroquial de Santa María la Real de Nieva, Tabladillo, Pascuales, Ortigosa de Pestaño, Pinilla Ambroz, Villoslada, Balisa, Ochando, Nieva, Coca, Villagonzalo de Coca, Ciruelos de Coca, Fuente de Santa Cruz y Villeguillo.

Don Deogratias Rulindamanywa. Vicario Parroquial de Bernardos, Migueláñez, Miguel Ibáñez, Domingo García, Armuña, Coca, Villagonzalo de Coca, Ciruelos de Coca, Fuente de Santa Cruz y Villeguillo.

21 de junio de 2022.

Don Emir José Arcia. Administrador parroquial de La Losa, Ortigosa del Monte, Otero de Herreros y Navas de Riofrío. Por un año.

Alfonso M^a Frechel Merino.
Canciller – Secretario General

IGLESIA EN ESPAÑA

CONFERENCIA EPISCOPAL

NOTA Y RUEDA DE PRENSA DE LA COMISIÓN PERMANENTE DEL 21 Y 22 DE JUNIO

La Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española (CEE) ha celebrado su 259^o reunión los días 21 y 22 de junio en la sede de la CEE. El jueves 23 de junio el secretario general, Mons. Luis Argüello, informa en rueda de prensa de los trabajos de esta reunión.

Sínodo 2021-2023: “Por una Iglesia Sinodal: Comunión, Participación y Misión”

Los obispos miembros de la Comisión Permanente han dialogado sobre la experiencia sinodal de la Iglesia en España. Un camino que se inició, con la fase diocesana, el 17 de octubre de 2021 y se clausuró el 11 de junio de 2022 en una Asamblea final en Madrid.

El secretario general, Mons. Luis Argüello, y el secretario del equipo coordinador del Sínodo en España, Luis Manuel Romero, han sido los encargados de hacer un balance de las conclusiones de esta fase del Sínodo 2021-2023: “Por una Iglesia Sinodal: Comunión, Participación y Misión”.

Durante estos siete meses se ha realizado un proceso de escucha y discernimiento que se ha concretado en la síntesis final. Este documento resume las aportaciones de las asambleas celebradas en las 70 diócesis españolas; los aportes de la vida consagrada; movimientos; asociaciones; y de todos aquellos colectivos o personas individuales que han querido sumarse a esta invitación del papa Francisco. Se estima que se han implicado más de 215.000 personas.

En la Asamblea final se presentó esta síntesis final. Después, se ha añadido un apéndice que recoge los subra-

yados y algunas lagunas que encontraron los participantes en la Asamblea tras repasar, reunidos por grupos, la síntesis que se presentó inicialmente. Este documento se enviará a la Secretaría General del Sínodo junto con todos los materiales y anexos recibidos.

Protección de menores

El Servicio de asesoramiento de la Conferencia Episcopal a las Oficinas diocesanas de protección de menores ha presentado el plan de trabajo previsto para los próximos meses. Para el mes de octubre se va a convocar una nueva reunión de las Oficinas diocesanas y de congregaciones religiosas y se está perfilando un protocolo marco para la prevención de abusos contra menores y el modo de actuación si estos se producen.

Catecismo de adultos y Orientaciones sobre los Ministerios Instituidos

El presidente de la Comisión Episcopal para la Evangelización, Catequesis y Catecumenado, Mons. José Rico, ha llevado a la reunión de la Permanente el nuevo catecismo para adultos “¡Es el Señor!”. Con las propuestas de los obispos, se seguirá trabajando en la edición de este nuevo documento, dirigido al catecumenado de adultos y a los que se reinician en la vida cristiana. Con su publicación, se completarán los documentos de la fe que ha publicado la Conferencia Episcopal Española.

También Mons. Rico Pavés, junto al presidente de la Comisión Episcopal para la Liturgia, Mons. Leonardo Lemos, han presentado las “Orientaciones sobre los Ministerios Instituidos: Lector, Acólito y Catequista”. Este documento recoge las sugerencias de la Plenaria de abril, y tras sumar las indicaciones de la Permanente, volverá a la Plenaria de noviembre.

Estas orientaciones, en las que trabajan conjuntamente ambas Comisiones, serán la base para aplicar en la Iglesia

en España el *Motu Proprio* del papa Francisco *Spiritus Domini*, sobre el acceso de las mujeres a los ministerios instituidos, y *Antiquum ministerium*, por el que se instituye el ministerio de los catequistas.

Sacerdotes estudiantes extranjeros y Comisiones diocesanas para el Sosténimiento de la Iglesia

El vicesecretario para Asuntos económicos, Fernando Giménez Barriocanal, ha informado a los obispos de la Comisión Permanente sobre una encuesta que se ha realizado a todas las diócesis acerca de los sacerdotes estudiantes extranjeros que colaboran pastoralmente en las sedes españolas, con el fin de valorar posibles ayudas económicas para su formación. Un total de 1.508 sacerdotes extranjeros tienen encomienda pastoral en España, algunos de ellos tienen ya la doble nacionalidad. De ellos, algo más de 500 sacerdotes realizan estudios en España y colaboran pastoralmente en las diócesis en las que viven. Las conclusiones de dicho estudio ya se han remitido, para su información, a todos los obispos.

Por otra parte, el director del Secretariado para el Sosténimiento de la Iglesia, José María Albalad, ha explicado los pasos que se están dando para la creación de Comisiones diocesanas para el Sosténimiento. El objetivo, como ya se adelantó en la última Asamblea Plenaria, es impulsar, a través de estas comisiones, la dimensión pastoral, comunicativa y económica de la corresponsabilidad eclesial.

Otros temas del orden del día

Se ha presentado a los obispos cuatro nuevas ediciones de Libros Litúrgicos que estarán a la venta próximamente: el Ritual de Iniciación Cristiana de Adultos (RICA), el Ritual del Matrimonio, el Misal de los fieles, en dos volúmenes, y el libro Celebraciones dominicales en espera de presbítero.

Por otro parte, los obispos de la Comisión Permanente han aprobado el calendario de reuniones de los órganos de la Conferencia Episcopal para 2023. Los ejercicios espirituales tendrán lugar del 8 al 14 de enero. Las Asambleas Plenarias, del 17 al 21 de abril y del 20 al 24 de noviembre. Las reuniones de la Comisión Permanente se han programado para el 28 y 29 de marzo; 27 y 28 de junio; y 26 y 27 de septiembre.

Como es habitual, se ha repasado el trabajo realizado por las Comisiones Episcopales, se ha recibido información sobre temas de seguimiento y sobre el estado actual de Ábside (TRECE y COPE). En el capítulo económico, entre otros temas, se han aprobado los balances y liquidación presupuestaria del año 2021 del Fondo Común Interdiocesano, de la Conferencia Episcopal Española y de los órganos que de ella dependen.

Nombramientos

El sacerdote Juan Carlos García Domene, de la diócesis de Cartagena, ha sido nombrado director general de la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), sustituyendo a Mons. Jesús Pulido que dejó el cargo al ser nombrado obispo de Coria-Cáceres.

Otros nombramientos han sido:

- Francisco José Cortés Martínez, laico de la diócesis de Córdoba, reelegido presidente de “Bibliotecarios de la Iglesia en España” (ABIE).
- Eva Fernández Mateo, laica de la archidiócesis de Santiago de Compostela, como presidenta general del movimiento “Acción Católica General” (ACG).
- Araceli Prades Felip, laica de la diócesis de Segorbe-Castellón, como presidenta nacional de la “Adoración Nocturna Femenina de España” (ANFE).
- Juan Carlos Gutiérrez Sánchez, laico de la diócesis de Málaga, como responsable general laico de la asocia-

ción pública de fieles “Misioneros de la Esperanza” (MIES).

- José Ruiz Córdoba, sacerdote de la diócesis de Málaga, como responsable general sacerdote de la asociación pública de fieles “Misioneros de la Esperanza” (MIES).
- Cecilia Pilar Gracia, laica de la archidiócesis de Madrid, como presidenta nacional del movimiento “Manos Unidas”.
- Ignacio Figueroa Seco, sacerdote de la diócesis de Alcalá de Henares, como consiliario general de “Vida Ascendente”.
- María Jesús Blázquez Hernández, laica de la diócesis de Ávila, como presidenta nacional del “Movimiento Rural Cristiano” de Acción Católica (MRC)

IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE

CARTA APOSTÓLICA

DESIDERIO DESIDERAVI

DEL SANTO PADRE **FRANCISCO**
A LOS OBISPOS, A LOS PRESBITEROS Y A LOS
DIÁCONOS, A LAS PERSONAS CONSAGRADAS Y
A TODOS LOS FIELES LAICOS SOBRE LA FORMACIÓN
LITÚRGICA DEL PUEBLO DE DIOS

*Desiderio desideravi
hoc Pascha manducare vobiscum,
antequam patiar (Lc 22, 15)*

1. Queridos hermanos y hermanas:

Con esta carta deseo llegar a todos –después de haber escrito a los obispos tras la publicación del Motu Proprio *Traditionis custodes*– para compartir con vosotros algunas reflexiones sobre la Liturgia, dimensión fundamental para la vida de la Iglesia. El tema es muy extenso y merece una atenta consideración en todos sus aspectos: sin embargo, con este escrito no pretendo tratar la cuestión de forma exhaustiva. Quiero ofrecer simplemente algunos elementos de reflexión para contemplar la belleza y la verdad de la celebración cristiana.

La Liturgia: el "hoy" de la historia de la salvación

2. *"Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer"* (Lc 22,15) Las palabras de Jesús con las cuales inicia el relato de la última Cena son el medio por el que se nos da la asombrosa posibilidad de vislumbrar la profundidad del amor de las Personas de la Santísima Trinidad hacia nosotros.

3. Pedro y Juan habían sido enviados a preparar lo necesario para poder comer la Pascua, pero, mirándolo bien, toda la creación, toda la historia –que finalmente estaba a punto de revelarse como historia de salvación– es una gran preparación de aquella Cena. Pedro y los demás están en esa mesa, inconscientes y, sin embargo, necesarios: todo don, para ser tal, debe tener alguien dispuesto a recibirlo. En este caso, la desproporción entre la inmensidad del don y la pequeñez de quien lo recibe es infinita y no puede dejar de sorprendernos. Sin embargo – por la misericordia del Señor – el don se confía a los Apóstoles para que sea llevado a todos los hombres.

4. Nadie se ganó el puesto en esa Cena, todos fueron invitados, o, mejor dicho, atraídos por el deseo ardiente que Jesús tiene de comer esa Pascua con ellos: Él sabe que es el Cordero de esa Pascua, sabe que es la Pascua. Esta es la novedad absoluta de esa Cena, la única y verdadera novedad de la historia, que hace que esa Cena sea única y, por eso, "última", irrepetible. Sin embargo, su infinito deseo de restablecer esa comunión con nosotros, que era y sigue siendo su proyecto original, no se podrá saciar hasta que todo hombre, *de toda tribu, lengua, pueblo y nación* (Ap 5,9) haya comido su Cuerpo y bebido su Sangre: por eso, esa misma Cena se hará presente en la celebración de la Eucaristía hasta su vuelta.

5. El mundo todavía no lo sabe, pero todos están *invitados al banquete de bodas del Cordero* (Ap 19,9). Lo único que se

necesita para acceder es el vestido nupcial de la fe que viene por medio de la escucha de su Palabra (cfr. *Rom* 10,17): la Iglesia lo confecciona a medida, con la blancura de una vestidura *lavada en la Sangre del Cordero* (cfr. *Ap* 7,14). No debemos tener ni un momento de descanso, sabiendo que no todos han recibido aún la invitación a la Cena, o que otros la han olvidado o perdido en los tortuosos caminos de la vida de los hombres. Por eso, he dicho que “sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación” (*Evangeli gaudium*, n. 27): para que todos puedan sentarse a la Cena del sacrificio del Cordero y vivir de Él.

6. Antes de nuestra respuesta a su invitación - mucho antes - está su deseo de nosotros: puede que ni siquiera seamos conscientes de ello, pero cada vez que vamos a Misa, el motivo principal es porque nos atrae el deseo que Él tiene de nosotros. Por nuestra parte, la respuesta posible, la ascesis más exigente es, como siempre, la de entregarnos a su amor, la de dejarnos atraer por Él. Ciertamente, nuestra comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo ha sido deseada por Él en la última Cena.

7. El contenido del Pan partido es la cruz de Jesús, su sacrificio en obediencia amorosa al Padre. Si no hubiéramos tenido la última Cena, es decir, la anticipación ritual de su muerte, no habríamos podido comprender cómo la ejecución de su sentencia de muerte pudiera ser el acto de culto perfecto y agradable al Padre, el único y verdadero acto de culto. Unas horas más tarde, los Apóstoles habrían podido ver en la cruz de Jesús, si hubieran soportado su peso, lo que significaba “cuerpo entregado”, “sangre derramada”: y es de lo que hacemos memoria en cada Eucaristía. Cuando regresa, resucitado de entre los muer-

tos, para partir el pan a los discípulos de Emaús y a los suyos, que habían vuelto a pescar peces y no hombres, en el lago de Galilea, ese gesto les abre sus ojos, los cura de la ceguera provocada por el horror de la cruz, haciéndolos capaces de “ver” al Resucitado, de creer en la Resurrección.

8. Si hubiésemos llegado a Jerusalén después de Pentecostés y hubiéramos sentido el deseo no sólo de tener noticias sobre Jesús de Nazaret, sino de volver a encontrarnos con Él, no habríamos tenido otra posibilidad que buscar a los suyos para escuchar sus palabras y ver sus gestos, más vivos que nunca. No habríamos tenido otra posibilidad de un verdadero encuentro con Él sino en la comunidad que celebra. Por eso, la Iglesia siempre ha custodiado, como su tesoro más precioso, el mandato del Señor: “haced esto en memoria mía”.

9. Desde los inicios, la Iglesia ha sido consciente que no se trataba de una representación, ni siquiera sagrada, de la Cena del Señor: no habría tenido ningún sentido y a nadie se le habría ocurrido “escenificar” – más aún bajo la mirada de María, la Madre del Señor – ese excelso momento de la vida del Maestro. Desde los inicios, la Iglesia ha comprendido, iluminada por el Espíritu Santo, que aquello que era visible de Jesús, lo que se podía ver con los ojos y tocar con las manos, sus palabras y sus gestos, lo concreto del Verbo encarnado, ha pasado a la celebración de los sacramentos [1].

La Liturgia: lugar del encuentro con Cristo

10. Aquí está toda la poderosa belleza de la Liturgia. Si la Resurrección fuera para nosotros un concepto, una idea, un pensamiento; si el Resucitado fuera para nosotros el recuerdo del recuerdo de otros, tan autorizados como los Apóstoles, si no se nos diera también la posibilidad de un verdadero encuentro con Él, sería como declarar concluida

la novedad del Verbo hecho carne. En cambio, la Encarnación, además de ser el único y novedoso acontecimiento que la historia conozca, es también el método que la Santísima Trinidad ha elegido para abrirnos el camino de la comunión. La fe cristiana, o es un encuentro vivo con Él, o no es.

11. La Liturgia nos garantiza la posibilidad de tal encuentro. No nos sirve un vago recuerdo de la última Cena, necesitamos estar presentes en aquella Cena, poder escuchar su voz, comer su Cuerpo y beber su Sangre: le necesitamos a Él. En la Eucaristía y en todos los Sacramentos se nos garantiza la posibilidad de encontrarnos con el Señor Jesús y de ser alcanzados por el poder de su Pascua. El poder salvífico del sacrificio de Jesús, de cada una de sus palabras, de cada uno de sus gestos, mirada, sentimiento, nos alcanza en la celebración de los Sacramentos. Yo soy Nicodemo y la Samaritana, el endemoniado de Cafarnaún y el paralítico en casa de Pedro, la pecadora perdonada y la hemorroisa, la hija de Jairo y el ciego de Jericó, Zaqueo y Lázaro; el ladrón y Pedro, perdonados. El Señor Jesús que *inmolado, ya no vuelve a morir; y sacrificado, vive para siempre* [2], continúa perdonándonos, curándonos y salvándonos con el poder de los Sacramentos. A través de la encarnación, es el modo concreto por el que nos ama; es el modo con el que sacia esa sed de nosotros que ha declarado en la cruz (Jn 19,28).

12. Nuestro primer encuentro con su Pascua es el acontecimiento que marca la vida de todos nosotros, los creyentes en Cristo: nuestro bautismo. No es una adhesión mental a su pensamiento o la sumisión a un código de comportamiento impuesto por Él: es la inmersión en su pasión, muerte, resurrección y ascensión. No es un gesto mágico: la magia es lo contrario a la lógica de los Sacramentos porque pretende tener poder sobre Dios y, por esa razón, viene del tentador. En perfecta continuidad con la Encarnación, se nos da la posibilidad, en virtud de la

presencia y la acción del Espíritu, de morir y resucitar en Cristo.

13. El modo en que acontece es conmovedor. La plegaria de bendición del agua bautismal [3] nos revela que Dios creó el agua precisamente en vista del bautismo. Quiere decir que mientras Dios creaba el agua pensaba en el bautismo de cada uno de nosotros, y este pensamiento le ha acompañado en su actuar a lo largo de la historia de la salvación cada vez que, con un designio concreto, ha querido servirse del agua. Es como si, después de crearla, hubiera querido perfeccionarla para llegar a ser el agua del bautismo. Y por eso la ha querido colmar del movimiento de su Espíritu que se cernía sobre ella (cfr. *Gén* 1,2) para que contuviera en germen el poder de santificar; la ha utilizado para regenerar a la humanidad en el diluvio (cfr. *Gén* 6,1-9,29); la ha dominado separándola para abrir una vía de liberación en el Mar Rojo (cfr. *Ex* 14); la ha consagrado en el Jordán sumergiendo la carne del Verbo, impregnada del Espíritu (cfr. *Mt* 3,13-17; *Mc* 1,9-11; *Lc* 3,21-22). Finalmente, la ha mezclado con la sangre de su Hijo, don del Espíritu inseparablemente unido al don de la vida y la muerte del Cordero inmolado por nosotros, y desde el costado traspasado la ha derramado sobre nosotros (*Jn* 19,34). En esta agua fuimos sumergidos para que, por su poder, pudiéramos ser injertados en el Cuerpo de Cristo y, con Él, resucitar a la vida inmortal (cfr. *Rom* 6,1-11).

La Iglesia: sacramento del Cuerpo de Cristo

14. Como nos ha recordado el Concilio Vaticano II (cfr. *Sacrosanctum Concilium*, n. 5) citando la Escritura, los Padres y la Liturgia –columnas de la verdadera Tradición– del costado de Cristo dormido en la cruz brotó el admirable sacramento de toda la Iglesia [4]. El paralelismo entre el primer y el nuevo Adán es sorprendente: así como del costado del

primer Adán, tras haber dejado caer un letargo sobre él, Dios formó a Eva, así del costado del nuevo Adán, dormido en el sueño de la muerte, nace la nueva Eva, la Iglesia. El estupor está en las palabras que, podríamos imaginar, el nuevo Adán hace suyas mirando a la Iglesia: “Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne” (Gén 2,23). Por haber creído en la Palabra y haber descendido en el agua del bautismo, nos hemos convertido en hueso de sus huesos, en carne de su carne.

15. Sin esta incorporación, no hay posibilidad de experimentar la plenitud del culto a Dios. De hecho, uno sólo es el acto de culto perfecto y agradable al Padre, la obediencia del Hijo cuya medida es su muerte en cruz. La única posibilidad de participar en su ofrenda es ser hijos en el Hijo. Este es el don que hemos recibido. El sujeto que actúa en la Liturgia es siempre y solo Cristo-Iglesia, el Cuerpo Místico de Cristo.

El sentido teológico de la Liturgia

16. Debemos al Concilio – y al movimiento litúrgico que lo ha precedido – el redescubrimiento de la comprensión teológica de la Liturgia y de su importancia en la vida de la Iglesia: los principios generales enunciados por la *Sacrosanctum Concilium*, así como fueron fundamentales para la reforma, continúan siéndolo para la promoción de la participación plena, consciente, activa y fructuosa en la celebración (cfr. *Sacrosanctum Concilium*, nn. 11.14), “fuente primaria y necesaria de donde han de beber los fieles el espíritu verdaderamente cristiano” (*Sacrosanctum Concilium*, n. 14). Con esta carta quisiera simplemente invitar a toda la Iglesia a redescubrir, custodiar y vivir la verdad y la fuerza de la celebración cristiana. Quisiera que la belleza de la celebración cristiana y de sus necesarias consecuencias en la vida de la Iglesia no se vieran desfiguradas por una comprensión

superficial y reductiva de su valor o, peor aún, por su instrumentalización al servicio de alguna visión ideológica, sea cual sea. La oración sacerdotal de Jesús en la última cena para que todos sean uno (Jn 17,21), juzga todas nuestras divisiones en torno al Pan partido, *sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad* [5].

17. He advertido en varias ocasiones sobre una tentación peligrosa para la vida de la Iglesia que es la “mundanidad espiritual”: he hablado de ella ampliamente en la Exhortación *Evangelii gaudium* (nn. 93-97), identificando el gnosticismo y el neopelagianismo como los dos modos vinculados entre sí, que la alimentan.

El primero reduce la fe cristiana a un subjetivismo que encierra al individuo “en la inmanencia de su propia razón o de sus sentimientos” (*Evangelii gaudium*, n. 94).

El segundo anula el valor de la gracia para confiar sólo en las propias fuerzas, dando lugar a “un elitismo narcisista y autoritario, donde en lugar de evangelizar lo que se hace es analizar y clasificar a los demás, y en lugar de facilitar el acceso a la gracia se gastan las energías en controlar” (*Evangelii gaudium*, n. 94).

Estas formas distorsionadas del cristianismo pueden tener consecuencias desastrosas para la vida de la Iglesia.

18. Resulta evidente, en todo lo que he querido recordar anteriormente, que la Liturgia es, por su propia naturaleza, el antídoto más eficaz contra estos venenos. Evidentemente, hablo de la Liturgia en su sentido teológico y – ya lo afirmaba Pío XII – no como un *ceremonial decorativo... o un mero conjunto de leyes y de preceptos...* que ordena el cumplimiento de los ritos [6].

19. Si el gnosticismo nos intoxica con el veneno del subjetivismo, la celebración litúrgica nos libera de la prisión de una autorreferencialidad alimentada por la propia razón o sentimiento: la acción celebrativa no pertenece al individuo sino a Cristo-Iglesia, a la totalidad de los fieles unidos

en Cristo. La Liturgia no dice “yo” sino “nosotros”, y cualquier limitación a la amplitud de este “nosotros” es siempre demoníaca. La Liturgia no nos deja solos en la búsqueda de un presunto conocimiento individual del misterio de Dios, sino que nos lleva de la mano, juntos, como asamblea, para conducirnos al misterio que la Palabra y los signos sacramentales nos revelan. Y lo hace, en coherencia con la acción de Dios, siguiendo el camino de la Encarnación, a través del lenguaje simbólico del cuerpo, que se extiende a las cosas, al espacio y al tiempo.

Redescubrir cada día la belleza de la verdad de la celebración cristiana

20. Si el neopelagianismo nos intoxica con la presunción de una salvación ganada con nuestras fuerzas, la celebración litúrgica nos purifica proclamando la gratuidad del don de la salvación recibida en la fe. Participar en el sacrificio eucarístico no es una conquista nuestra, como si pudiéramos presumir de ello ante Dios y ante nuestros hermanos. El inicio de cada celebración me recuerda quién soy, pidiéndome que confiese mi pecado e invitándome a rogar a la bienaventurada siempre Virgen María, a los ángeles, a los santos y a todos los hermanos y hermanas, que intercedan por mí ante el Señor: ciertamente no somos dignos de entrar en su casa, necesitamos una palabra suya para salvarnos (cfr. Mt 8,8). No tenemos otra gloria que la cruz de nuestro Señor Jesucristo (cfr. Gál 6,14). La Liturgia no tiene nada que ver con un moralismo ascético: es el don de la Pascua del Señor que, aceptado con docilidad, hace nueva nuestra vida. No se entra en el cenáculo sino por la fuerza de atracción de su deseo de comer la Pascua con nosotros: *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum, antequam patiar* (Lc 22,15).

21. Sin embargo, tenemos que tener cuidado: para que el antídoto de la Liturgia sea eficaz, se nos pide redescubrir

cada día la belleza de la verdad de la celebración cristiana. Me refiero, una vez más, a su significado teológico, como ha descrito admirablemente el n. 7 de la *Sacrosanctum Concilium*: la Liturgia es el sacerdocio de Cristo revelado y entregado a nosotros en su Pascua, presente y activo hoy a través de los signos sensibles (agua, aceite, pan, vino, gestos, palabras) para que el Espíritu, sumergiéndonos en el misterio pascual, transforme toda nuestra vida, conformándonos cada vez más con Cristo.

22. El redescubrimiento continuo de la belleza de la Liturgia no es la búsqueda de un esteticismo ritual, que se complace sólo en el cuidado de la formalidad exterior de un rito, o se satisface con una escrupulosa observancia de las rúbricas. Evidentemente, esta afirmación no pretende avalar, de ningún modo, la actitud contraria que confunde lo sencillo con una dejadez banal, lo esencial con la superficialidad ignorante, lo concreto de la acción ritual con un funcionalismo práctico exagerado.

23. Seamos claros: hay que cuidar todos los aspectos de la celebración (espacio, tiempo, gestos, palabras, objetos, vestiduras, cantos, música, ...) y observar todas las rúbricas: esta atención sería suficiente para no robar a la asamblea lo que le corresponde, es decir, el misterio pascual celebrado en el modo ritual que la Iglesia establece. Pero, incluso, si la calidad y la norma de la acción celebrativa estuvieran garantizadas, esto no sería suficiente para que nuestra participación fuera plena.

Asombro ante el misterio pascual, parte esencial de la acción litúrgica

24. Si faltara el asombro por el misterio pascual que se hace presente en la concreción de los signos sacramentales, podríamos correr el riesgo de ser realmente impermeables al océano de gracia que inunda cada celebración. No bas-

tan los esfuerzos, aunque loables, para una mejor calidad de la celebración, ni una llamada a la interioridad: incluso ésta corre el riesgo de quedar reducida a una subjetividad vacía si no acoge la revelación del misterio cristiano. El encuentro con Dios no es fruto de una individual búsqueda interior, sino que es un acontecimiento regalado: podemos encontrar a Dios por el hecho novedoso de la Encarnación que, en la última cena, llega al extremo de querer ser comido por nosotros. ¿Cómo se nos puede escapar lamentablemente la fascinación por la belleza de este don?

25. Cuando digo asombro ante el misterio pascual, no me refiero en absoluto a lo que, me parece, se quiere expresar con la vaga expresión "sentido del misterio": a veces, entre las supuestas acusaciones contra la reforma litúrgica está la de haberlo - se dice - eliminado de la celebración. El asombro del que hablo no es una especie de desorientación ante una realidad oscura o un rito enigmático, sino que es, por el contrario, admiración ante el hecho de que el plan salvífico de Dios nos haya sido revelado en la Pascua de Jesús (cfr. *Ef* 1,3-14), cuya eficacia sigue llegándonos en la celebración de los "misterios", es decir, de los sacramentos. Sin embargo, sigue siendo cierto que la plenitud de la revelación tiene, en comparación con nuestra finitud humana, un exceso que nos trasciende y que tendrá su cumplimiento al final de los tiempos, cuando vuelva el Señor. Si el asombro es verdadero, no hay ningún riesgo de que no se perciba la alteridad de la presencia de Dios, incluso en la cercanía que la Encarnación ha querido. Si la reforma hubiera eliminado ese "sentido del misterio", más que una acusación sería un mérito. La belleza, como la verdad, siempre genera asombro y, cuando se refiere al misterio de Dios, conduce a la adoración.

26. El asombro es parte esencial de la acción litúrgica porque es la actitud de quien sabe que está ante la peculia-

ridad de los gestos simbólicos; es la maravilla de quien experimenta la fuerza del símbolo, que no consiste en referirse a un concepto abstracto, sino en contener y expresar, en su concreción, lo que significa.

La necesidad de una seria y vital formación litúrgica

27. Es ésta, pues, la cuestión fundamental: ¿cómo recuperar la capacidad de vivir plenamente la acción litúrgica? La reforma del Concilio tiene este objetivo. El reto es muy exigente, porque el hombre moderno – no en todas las culturas del mismo modo – ha perdido la capacidad de confrontarse con la acción simbólica, que es una característica esencial del acto litúrgico.

28. La posmodernidad – en la que el hombre se siente aún más perdido, sin referencias de ningún tipo, desprovisto de valores, porque se han vuelto indiferentes, huérfano de todo, en una fragmentación en la que parece imposible un horizonte de sentido – sigue cargando con la pesada herencia que nos dejó la época anterior, hecha de individualismo y subjetivismo (que recuerdan, una vez más, al pelagianismo y al gnosticismo), así como por un espiritualismo abstracto que contradice la naturaleza misma del hombre, espíritu encarnado y, por tanto, en sí mismo capaz de acción y comprensión simbólica.

29. La Iglesia reunida en el Concilio ha querido confrontarse con la realidad de la modernidad, reafirmando su conciencia de ser sacramento de Cristo, luz de las gentes (*Lumen Gentium*), poniéndose a la escucha atenta de la palabra de Dios (*Dei Verbum*) y reconociendo como propios los gozos y las esperanzas (*Gaudium et spes*) de los hombres de hoy. Las grandes Constituciones conciliares son inseparables, y no es casualidad que esta única gran reflexión del Concilio Ecuménico – la más alta expresión de la sinodalidad de la Iglesia, de cuya riqueza estoy llamado a ser, con

todos vosotros, custodio – haya partido de la Liturgia (*Sacrosanctum Concilium*).

30. Concluyendo la segunda sesión del Concilio (4 de diciembre de 1963) san Pablo VI se expresaba así [7]:

«Por lo demás, no ha quedado sin fruto la ardua e intrincada discusión, puestos que uno de los temas, el primero que fue examinado, y en un cierto sentido el primero también por la excelencia intrínseca y por su importancia para la vida de la Iglesia, el de la sagrada Liturgia, ha sido terminado y es hoy promulgado por Nos solemnemente. Nuestro espíritu exulta de gozo ante este resultado. Nos rendimos en esto el homenaje conforme a la escala de valores y deberes: Dios en el primer puesto; la oración, nuestra primera obligación; la Liturgia, la primera fuente de la vida divina que se nos comunica, la primera escuela de nuestra vida espiritual, el primer don que podemos hacer al pueblo cristiano, que con nosotros que cree y ora, y la primera invitación al mundo para que desate en oración dichosa y veraz su lengua muda y sienta el inefable poder regenerador de cantar con nosotros las alabanzas divinas y las esperanzas humanas, por Cristo Señor en el Espíritu Santo».

31. En esta carta no puedo detenerme en la riqueza de cada una de las expresiones, que dejo a vuestra meditación. Si la Liturgia es “la cumbre a la cual tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza” (*Sacrosanctum Concilium*, n. 10), comprendemos bien lo que está en juego en la cuestión litúrgica. Sería banal leer las tensiones, desgraciadamente presentes en torno a la celebración, como una simple divergencia entre diferentes sensibilidades sobre una forma ritual. La problemática es, ante todo, eclesiológica. No veo cómo se puede decir que se reconoce la validez del Concilio – aunque me sorprende un poco que un católico pueda presumir de no hacerlo – y no aceptar la reforma litúrgica nacida de

la *Sacrosanctum Concilium*, que expresa la realidad de la Liturgia en íntima conexión con la visión de la Iglesia descrita admirablemente por la *Lumen Gentium*. Por ello – como expliqué en la carta enviada a todos los Obispos – me sentí en el deber de afirmar que “los libros litúrgicos promulgados por los Santos Pontífices Pablo VI y Juan Pablo II, en conformidad con los decretos del Concilio Vaticano II, como única expresión de la *lex orandi* del Rito Romano” (Motu Proprio *Traditionis custodes*, art. 1).

La no aceptación de la reforma, así como una comprensión superficial de la misma, nos distrae de la tarea de encontrar las respuestas a la pregunta que repito: ¿cómo podemos crecer en la capacidad de vivir plenamente la acción litúrgica? ¿Cómo podemos seguir asombrándonos de lo que ocurre ante nuestros ojos en la celebración? Necesitamos una formación litúrgica seria y vital.

32. Volvamos de nuevo al Cenáculo de Jerusalén: en la mañana de Pentecostés nació la Iglesia, célula inicial de la nueva humanidad. Sólo la comunidad de hombres y mujeres reconciliados, porque han sido perdonados; vivos, porque Él está vivo; verdaderos, porque están habitados por el Espíritu de la verdad, puede abrir el angosto espacio del individualismo espiritual.

33. Es la comunidad de Pentecostés la que puede partir el Pan con la certeza de que el Señor está vivo, resucitado de entre los muertos, presente con su palabra, con sus gestos, con la ofrenda de su Cuerpo y de su Sangre. Desde aquel momento, la celebración se convierte en el lugar privilegiado, no el único, del encuentro con Él. Sabemos que, sólo gracias a este encuentro, el hombre llega a ser plenamente hombre. Sólo la Iglesia de Pentecostés puede concebir al hombre como persona, abierto a una relación plena con Dios, con la creación y con los hermanos.

34. Aquí se plantea la cuestión decisiva de la formación litúrgica. Dice Guardini: “Así se perfila también la primera

tarea práctica: sostenidos por esta transformación interior de nuestro tiempo, debemos aprender nuevamente a situarnos ante la relación religiosa como hombres en sentido pleno [8]. Esto es lo que hace posible la Liturgia, en esto es en lo que nos debemos formar. El propio Guardini no duda en afirmar que, sin formación litúrgica, “las reformas en el rito y en el texto no sirven de mucho” [9]. No pretendo ahora tratar exhaustivamente el riquísimo tema de la formación litúrgica: sólo quiero ofrecer algunos puntos de reflexión. Creo que podemos distinguir dos aspectos: la formación para la Liturgia y la formación desde la Liturgia. El primero está en función del segundo, que es esencial.

35. Es necesario encontrar cauces para una formación como estudio de la Liturgia: a partir del movimiento litúrgico, se ha hecho mucho en este sentido, con valiosas aportaciones de muchos estudiosos e instituciones académicas. Sin embargo, es necesario difundir este conocimiento fuera del ámbito académico, de forma accesible, para que todo creyente crezca en el conocimiento del sentido teológico de la Liturgia -ésta es la cuestión decisiva y fundante de todo conocimiento y de toda práctica litúrgica-, así como en el desarrollo de la celebración cristiana, adquiriendo la capacidad de comprender los textos eucológicos, los dinámismos rituales y su valor antropológico.

36. Pienso en la normalidad de nuestras asambleas que se reúnen para celebrar la Eucaristía el día del Señor, domingo tras domingo, Pascua tras Pascua, en momentos concretos de la vida de las personas y de las comunidades, en diferentes edades de la vida: los ministros ordenados realizan una acción pastoral de primera importancia cuando llevan de la mano a los fieles bautizados para conducirlos a la repetida experiencia de la Pascua. Recordemos siempre que es la Iglesia, Cuerpo de Cristo, el sujeto celebrante, no sólo el sacerdote. El conocimiento que proviene del estudio es sólo el primer paso para poder entrar en el

misterio celebrado. Es evidente que, para poder guiar a los hermanos y a las hermanas, los ministros que presiden la asamblea deben conocer el camino, tanto por haberlo estudiado en el mapa de la ciencia teológica, como por haberlo frecuentado en la práctica de una experiencia de fe viva, alimentada por la oración, ciertamente no sólo como un compromiso que cumplir. En el día de la ordenación, todo presbítero siente decir a su obispo: «Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor» [10].

37. La configuración del estudio de la Liturgia en los seminarios debe tener en cuenta también la extraordinaria capacidad que la celebración tiene en sí misma para ofrecer una visión orgánica del conocimiento teológico. Cada disciplina de la teología, desde su propia perspectiva, debe mostrar su íntima conexión con la Liturgia, en virtud de la cual se revela y realiza la unidad de la formación sacerdotal (cfr. *Sacrosanctum Concilium*, n. 16). Una configuración litúrgico-sapiencial de la formación teológica en los seminarios tendría ciertamente efectos positivos, también en la acción pastoral. No hay ningún aspecto de la vida eclesial que no encuentre su culmen y su fuente en ella. La pastoral de conjunto, orgánica, integrada, más que ser el resultado de la elaboración de complicados programas, es la consecuencia de situar la celebración eucarística dominical, fundamento de la comunión, en el centro de la vida de la comunidad. La comprensión teológica de la Liturgia no permite, de ninguna manera, entender estas palabras como si todo se redujera al aspecto cultural. Una celebración que no evangeliza, no es auténtica, como no lo es un anuncio que no lleva al encuentro con el Resucitado en la celebración: ambos, pues, sin el testimonio de la caridad, son como un metal que resuena o un címbalo que aturde (cfr. 1Cor 13,1).

38. Para los ministros y para todos los bautizados, la formación litúrgica, en su primera acepción, no es algo que se

pueda conquistar de una vez para siempre: puesto que el don del misterio celebrado supera nuestra capacidad de conocimiento, este compromiso deberá ciertamente acompañar la formación permanente de cada uno, con la humildad de los pequeños, actitud que abre al asombro.

39. Una última observación sobre los seminarios: además del estudio, deben ofrecer también la oportunidad de experimentar una celebración, no sólo ejemplar desde el punto de vista ritual, sino auténtica, vital, que permita vivir esa verdadera comunión con Dios, a la cual debe tender también el conocimiento teológico. Sólo la acción del Espíritu puede perfeccionar nuestro conocimiento del misterio de Dios, que no es cuestión de comprensión mental, sino de una relación que toca la vida. Esta experiencia es fundamental para que, una vez sean ministros ordenados, puedan acompañar a las comunidades en el mismo camino de conocimiento del misterio de Dios, que es misterio de amor.

40. Esta última consideración nos lleva a reflexionar sobre el segundo significado con el que podemos entender la expresión "formación litúrgica". Me refiero al ser formados, cada uno según su vocación, por la participación en la celebración litúrgica. Incluso el conocimiento del estudio que acabo de mencionar, para que no se convierta en racionalismo, debe estar en función de la puesta en práctica de la acción formativa de la Liturgia en cada creyente en Cristo.

41. De cuanto hemos dicho sobre la naturaleza de la Liturgia, resulta evidente que el conocimiento del misterio de Cristo, cuestión decisiva para nuestra vida, no consiste en una asimilación mental de una idea, sino en una real implicación existencial con su persona. En este sentido, la Liturgia no tiene que ver con el "conocimiento", y su finalidad no es primordialmente pedagógica (aunque tiene un gran valor pedagógico: cfr. *Sacrosanctum Concilium*, n. 33) sino que es la alabanza, la acción de gracias por la Pascua

del Hijo, cuya fuerza salvadora llega a nuestra vida. La celebración tiene que ver con la realidad de nuestro ser dóciles a la acción del Espíritu, que actúa en ella, hasta que Cristo se forme en nosotros (cfr. *Gál* 4,19). La plenitud de nuestra formación es la conformación con Cristo. Repito: no se trata de un proceso mental y abstracto, sino de llegar a ser Él. Esta es la finalidad para la cual se ha dado el Espíritu, cuya acción es siempre y únicamente confeccionar el Cuerpo de Cristo. Es así con el pan eucarístico, es así para todo bautizado llamado a ser, cada vez más, lo que recibió como don en el bautismo, es decir, ser miembro del Cuerpo de Cristo. León Magno escribe: «Nuestra participación en el Cuerpo y la Sangre de Cristo no tiende a otra cosa sino a convertirnos en lo que comemos» [11].

42. Esta implicación existencial tiene lugar – en continuidad y coherencia con el método de la Encarnación – por vía sacramental. La Liturgia está hecha de cosas que son exactamente lo contrario de abstracciones espirituales: pan, vino, aceite, agua, perfume, fuego, ceniza, piedra, tela, colores, cuerpo, palabras, sonidos, silencios, gestos, espacio, movimiento, acción, orden, tiempo, luz. Toda la creación es manifestación del amor de Dios: desde que ese mismo amor se ha manifestado en plenitud en la cruz de Jesús, toda la creación es atraída por Él. Es toda la creación la que es asumida para ser puesta al servicio del encuentro con el Verbo encarnado, crucificado, muerto, resucitado, ascendido al Padre. Así como canta la plegaria sobre el agua para la fuente bautismal, al igual que la del aceite para el sagrado crisma y las palabras de la presentación del pan y el vino, frutos de la tierra y del trabajo del hombre.

43. La Liturgia da gloria a Dios no porque podamos añadir algo a la belleza de la luz inaccesible en la que Él habita (cfr. *1 Tim* 6,16) o a la perfección del canto angélico, que resuena eternamente en las moradas celestiales. La Liturgia da gloria a Dios porque nos permite, aquí en la tie-

rra, ver a Dios en la celebración de los misterios y, al verlo, revivir por su Pascua: nosotros, que estábamos muertos por los pecados, hemos revivido por la gracia con Cristo (cfr. Ef 2,5), somos la gloria de Dios. Ireneo, *doctor unitatis*, nos lo recuerda: «La gloria de Dios es el hombre vivo, y la vida del hombre consiste en la visión de Dios: si ya la revelación de Dios a través de la creación da vida a todos los seres que viven en la tierra, ¡cuánto más la manifestación del Padre a través del Verbo es causa de vida para los que ven a Dios!» [12].

44. Guardini escribe: «Con esto se delinea la primera tarea del trabajo de la formación litúrgica: el hombre ha de volver a ser capaz de símbolos» [13]. Esta tarea concierne a todos, ministros ordenados y fieles. La tarea no es fácil, porque el hombre moderno es analfabeto, ya no sabe leer los símbolos, apenas conoce de su existencia. Esto también ocurre con el símbolo de nuestro cuerpo. Es un símbolo porque es la unión íntima del alma y el cuerpo, visibilidad del alma espiritual en el orden de lo corpóreo, y en ello consiste la unicidad humana, la especificidad de la persona irreductible a cualquier otra forma de ser vivo. Nuestra apertura a lo trascendente, a Dios, es constitutiva: no reconocerla nos lleva inevitablemente a un no conocimiento, no sólo de Dios, sino también de nosotros mismos. No hay más que ver la forma paradójica en que se trata al cuerpo, o bien tratado casi obsesivamente en pos del mito de la eterna juventud, o bien reducido a una materialidad a la cual se le niega toda dignidad. El hecho es que no se puede dar valor al cuerpo sólo desde el cuerpo. Todo símbolo es a la vez poderoso y frágil: si no se respeta, si no se trata como lo que es, se rompe, pierde su fuerza, se vuelve insignificante.

Ya no tenemos la mirada de San Francisco, que miraba al sol –al que llamaba hermano porque así lo sentía –, lo veía *bellu e radiante cum grande splendore* y, lleno de asombro, cantaba: *de te Altissimu, porta significatione*. [14] Haber

perdido la capacidad de comprender el valor simbólico del cuerpo y de toda criatura hace que el lenguaje simbólico de la Liturgia sea casi inaccesible para el hombre moderno. No se trata, sin embargo, de renunciar a ese lenguaje: no se puede renunciar a él porque es el que la Santísima Trinidad ha elegido para llegar a nosotros en la carne del Verbo. Se trata más bien de recuperar la capacidad de plantear y comprender los símbolos de la Liturgia. No hay que desesperar, porque en el hombre esta dimensión, como acabo de decir, es constitutiva y, a pesar de los males del materialismo y del espiritualismo – ambos negación de la unidad cuerpo y alma –, está siempre dispuesta a reaparecer, como toda verdad.

45. Entonces, la pregunta que nos hacemos es ¿cómo volver a ser capaces de símbolos? ¿Cómo volver a saber leerlos para vivirlos? Sabemos muy bien que la celebración de los sacramentos es – por la gracia de Dios – eficaz en sí misma (*ex opere operato*), pero esto no garantiza una plena implicación de las personas sin un modo adecuado de situarse frente al lenguaje de la celebración. La lectura simbólica no es una cuestión de conocimiento mental, de adquisición de conceptos, sino una experiencia vital.

46. Ante todo, debemos recuperar la confianza en la creación. Con esto quiero decir que las cosas – con las cuales “se hacen” los sacramentos – vienen de Dios, están orientadas a Él y han sido asumidas por Él, especialmente con la encarnación, para que pudieran convertirse en instrumentos de salvación, vehículos del Espíritu, canales de gracia. Aquí se advierte la distancia, tanto de la visión materialista, como espiritualista. Si las cosas creadas son parte irrenunciable de la acción sacramental que lleva a cabo nuestra salvación, debemos situarnos ante ellas con una mirada nueva, no superficial, respetuosa, agradecida. Desde el principio, contienen la semilla de la gracia santificante de los sacramentos.

47. Otra cuestión decisiva – reflexionando de nuevo sobre cómo nos forma la Liturgia – es la educación necesaria para adquirir la actitud interior, que nos permita situar y comprender los símbolos litúrgicos. Lo expreso de forma sencilla. Pienso en los padres y, más aún, en los abuelos, pero también en nuestros párrocos y catequistas. Muchos de nosotros aprendimos de ellos el poder de los gestos litúrgicos, como la señal de la cruz, el arrodillarse o las fórmulas de nuestra fe. Quizás puede que no tengamos un vivo recuerdo de ello, pero podemos imaginar fácilmente el gesto de una mano más grande que toma la pequeña mano de un niño y acompañándola lentamente mientras traza, por primera vez, la señal de nuestra salvación. El movimiento va acompañado de las palabras, también lentas, como para apropiarse de cada instante de ese gesto, de todo el cuerpo: «En el nombre del Padre... y del Hijo... y del Espíritu Santo... Amén». Para después soltar la mano del niño y, dispuesto a acudir en su ayuda, ver cómo repite él solo ese gesto ya entregado, como si fuera un hábito que crecerá con él, vistiéndolo de la manera que sólo el Espíritu conoce. A partir de ese momento, ese gesto, su fuerza simbólica, nos pertenece o, mejor dicho, pertenecemos a ese gesto, nos da forma, somos formados por él. No es necesario hablar demasiado, no es necesario haber entendido todo sobre ese gesto: es necesario ser pequeño, tanto al entregarlo, como al recibirlo. El resto es obra del Espíritu. Así hemos sido iniciados en el lenguaje simbólico. No podemos permitir que nos roben esta riqueza. A medida que crecemos, podemos tener más medios para comprender, pero siempre con la condición de seguir siendo pequeños.

Ars celebrandi

48. Un modo para custodiar y para crecer en la comprensión vital de los símbolos de la Liturgia es, ciertamente, cuidar el arte de celebrar. Esta expresión también es

objeto de diferentes interpretaciones. Se entiende más claramente teniendo en cuenta el sentido teológico de la Liturgia descrito en el número 7 de *Sacrosanctum Concilium*, al cual nos hemos referido varias veces. El *ars celebrandi* no puede reducirse a la mera observancia de un aparato de rúbricas, ni tampoco puede pensarse en una fantasiosa – a veces salvaje – creatividad sin reglas. El rito es en sí mismo una norma, y la norma nunca es un fin en sí misma, sino que siempre está al servicio de la realidad superior que quiere custodiar.

49. Como cualquier arte, requiere diferentes conocimientos.

En primer lugar, la comprensión del dinamismo que describe la Liturgia. El momento de la acción celebrativa es el lugar donde, a través del memorial, se hace presente el misterio pascual para que los bautizados, en virtud de su participación, puedan experimentarlo en su vida: sin esta comprensión, se cae fácilmente en el “exteriorismo” (más o menos refinado) y en el rubricismo (más o menos rígido).

Es necesario, pues, conocer cómo actúa el Espíritu Santo en cada celebración: el arte de celebrar debe estar en sintonía con la acción del Espíritu. Sólo así se librerá de los subjetivismos, que son el resultado de la prevalencia de las sensibilidades individuales, y de los culturalismos, que son incorporaciones sin criterio de elementos culturales, que nada tienen que ver con un correcto proceso de inculturación.

Por último, es necesario conocer la dinámica del lenguaje simbólico, su peculiaridad, su eficacia.

50. De estas breves observaciones se desprende que el arte de celebrar no se puede improvisar. Como cualquier arte, requiere una aplicación asidua. Un artesano sólo necesita la técnica; un artista, además de los conocimientos técnicos, no puede carecer de inspiración, que es una forma positiva de posesión: el verdadero artista no posee un arte, ni es poseído por él. Uno no aprende el arte de

celebrar porque asista a un curso de oratoria o de técnicas de comunicación persuasiva (no juzgo las intenciones, veo los efectos). Toda herramienta puede ser útil, pero siempre debe estar sujeta a la naturaleza de la Liturgia y a la acción del Espíritu. Es necesaria una dedicación diligente a la celebración, dejando que la propia celebración nos transmita su arte. Guardini escribe: «Debemos darnos cuenta de lo profundamente arraigados que estamos todavía en el individualismo y el subjetivismo, de lo poco acostumbrados que estamos a la llamada de las cosas grandes y de lo pequeña que es la medida de nuestra vida religiosa. Hay que despertar el sentido de la grandeza de la oración, la voluntad de implicar también nuestra existencia en ella. Pero el camino hacia estas metas es la disciplina, la renuncia a un sentimentalismo blando; un trabajo serio, realizado en obediencia a la Iglesia, en relación con nuestro ser y nuestro comportamiento religioso» [15]. Así es como se aprende el arte de la celebración.

51. Al hablar de este tema, podemos pensar que sólo concierne a los ministros ordenados que ejercen el servicio de la presidencia. En realidad, es una actitud a la que están llamados a vivir todos los bautizados. Pienso en todos los gestos y palabras que pertenecen a la asamblea: reunirse, caminar en procesión, sentarse, estar de pie, arrodillarse, cantar, estar en silencio, aclamar, mirar, escuchar. Son muchas las formas en que la asamblea, *como un solo hombre* (*Neh 8,1*), participa en la celebración. Realizar todos juntos el mismo gesto, hablar todos a la vez, transmite a los individuos la fuerza de toda la asamblea. Es una uniformidad que no sólo no mortifica, sino que, por el contrario, educa a cada fiel a descubrir la auténtica singularidad de su personalidad, no con actitudes individualistas, sino siendo conscientes de ser un solo cuerpo. No se trata de tener que seguir un protocolo litúrgico: se trata más bien de una “disciplina” - en el sentido utilizado por Guardini - que, si se

observa con autenticidad, nos forma: son gestos y palabras que ponen orden en nuestro mundo interior, haciéndonos experimentar sentimientos, actitudes, comportamientos. No son el enunciado de un ideal en el que inspirarnos, sino una acción que implica al cuerpo en su totalidad, es decir, ser unidad de alma y cuerpo.

52. Entre los gestos rituales que pertenecen a toda la asamblea, el silencio ocupa un lugar de absoluta importancia. Varias veces se prescribe expresamente en las rúbricas: toda la celebración eucarística está inmersa en el silencio que precede a su inicio y marca cada momento de su desarrollo ritual. En efecto, está presente en el acto penitencial; después de la invitación a la oración; en la Liturgia de la Palabra (antes de las lecturas, entre las lecturas y después de la homilía); en la plegaria eucarística; después de la comunión [16]. No es un refugio para esconderse en un aislamiento intimista, padeciendo la ritualidad como si fuera una distracción: tal silencio estaría en contradicción con la esencia misma de la celebración. El silencio litúrgico es mucho más: es el símbolo de la presencia y la acción del Espíritu Santo que anima toda la acción celebrativa, por lo que, a menudo, constituye la culminación de una secuencia ritual. Precisamente porque es un símbolo del Espíritu, tiene el poder de expresar su acción multiforme. Así, retomando los momentos que he recordado anteriormente, el silencio mueve al arrepentimiento y al deseo de conversión; suscita la escucha de la Palabra y la oración; dispone a la adoración del Cuerpo y la Sangre de Cristo; sugiere a cada uno, en la intimidad de la comunión, lo que el Espíritu quiere obrar en nuestra vida para conformarnos con el Pan partido. Por eso, estamos llamados a realizar con extremo cuidado el gesto simbólico del silencio: en él nos da forma el Espíritu.

53. Cada gesto y cada palabra contienen una acción precisa que es siempre nueva, porque encuentra un momento siempre nuevo en nuestra vida. Permitidme explicarlo con

un sencillo ejemplo. Nos arrodillamos para pedir perdón; para doblegar nuestro orgullo; para entregar nuestras lágrimas a Dios; para suplicar su intervención; para agradecerle un don recibido: es siempre el mismo gesto, que expresa esencialmente nuestra pequeñez ante Dios. Sin embargo, realizado en diferentes momentos de nuestra vida, modela nuestra profunda interioridad y posteriormente se manifiesta externamente en nuestra relación con Dios y con nuestros hermanos. Arrodillarse debe hacerse también con arte, es decir, con plena conciencia de su significado simbólico y de la necesidad que tenemos de expresar, mediante este gesto, nuestro modo de estar en presencia del Señor. Si todo esto es cierto para este simple gesto, ¿cuánto más para la celebración de la Palabra? ¿Qué arte estamos llamados a aprender al proclamar la Palabra, al escucharla, al hacerla inspiración de nuestra oración, al hacer que se haga vida? Todo ello merece el máximo cuidado, no formal, exterior, sino vital, interior, porque cada gesto y cada palabra de la celebración expresada con “arte” forma la personalidad cristiana del individuo y de la comunidad.

54. Si bien es cierto que el *ars celebrandi* concierne a toda la asamblea que celebra, no es menos cierto que los ministros ordenados deben cuidarlo especialmente. Visitando comunidades cristianas he comprobado, a menudo, que su forma de vivir la celebración está condicionada – para bien, y desgraciadamente también para mal – por la forma en que su párroco preside la asamblea. Podríamos decir que existen diferentes “modelos” de presidencia. He aquí una posible lista de actitudes que, aunque opuestas, caracterizan a la presidencia de forma ciertamente inadecuada: rigidez austera o creatividad exagerada; misticismo espiritualizador o funcionalismo práctico; prisa precipitada o lentitud acentuada; descuido desaliñado o refinamiento excesivo; afabilidad sobreabundante o impasibilidad hierática. A pesar de la amplitud de este abanico, creo que la

inadecuación de estos modelos tiene una raíz común: un exagerado personalismo en el estilo celebrativo que, en ocasiones, expresa una mal disimulada manía de protagonismo. Esto suele ser más evidente cuando nuestras celebraciones se difunden en red, cosa que no siempre es oportuno y sobre la que deberíamos reflexionar. Eso sí, no son estas las actitudes más extendidas, pero las asambleas son objeto de ese “maltrato” frecuentemente.

55. Se podría decir mucho sobre la importancia y el cuidado de la presidencia. En varias ocasiones me he detenido en la exigente tarea de la homilía [17]. Me limitaré ahora a algunas consideraciones más amplias, queriendo, de nuevo, reflexionar con vosotros sobre cómo somos formados por la Liturgia. Pienso en la normalidad de las Misas dominicales en nuestras comunidades: me refiero, pues, a los presbíteros, pero implícitamente a todos los ministros ordenados.

56. El presbítero vive su participación propia durante la celebración en virtud del don recibido en el sacramento del Orden: esta tipología se expresa precisamente en la presidencia. Como todos los oficios que está llamado a desempeñar, éste no es, primariamente, una tarea asignada por la comunidad, sino la consecuencia de la efusión del Espíritu Santo recibida en la ordenación, que le capacita para esta tarea. El presbítero también es formado al presidir la asamblea que celebra.

57. Para que este servicio se haga bien – con arte – es de fundamental importancia que el presbítero tenga, ante todo, la viva conciencia de ser, por misericordia, una presencia particular del Resucitado. El ministro ordenado es en sí mismo uno de los modos de presencia del Señor que hacen que la asamblea cristiana sea única, diferente de cualquier otra (cfr. *Sacrosanctum Concilium*, n. 7). Este hecho da profundidad “sacramental” –en sentido amplio– a todos los gestos y palabras de quien preside. La asamblea tiene derecho a

poder sentir en esos gestos y palabras el deseo que tiene el Señor, hoy como en la última cena, de seguir comiendo la Pascua con nosotros. Por tanto, el Resucitado es el protagonista, y no nuestra inmadurez, que busca asumir un papel, una actitud y un modo de presentarse, que no le corresponde. El propio presbítero se ve sobrecogido por este deseo de comunión que el Señor tiene con cada uno: es como si estuviera colocado entre el corazón ardiente de amor de Jesús y el corazón de cada creyente, objeto de su amor. Presidir la Eucaristía es sumergirse en el horno del amor de Dios. Cuando se comprende o, incluso, se intuye esta realidad, ciertamente ya no necesitamos un *directorio* que nos dicte el adecuado comportamiento. Si lo necesitamos, es *por la dureza de nuestro corazón*. La norma más excelsa y, por tanto, más exigente, es la realidad de la propia celebración eucarística, que selecciona las palabras, los gestos, los sentimientos, haciéndonos comprender si son o no adecuados a la tarea que han de desempeñar. Evidentemente, esto tampoco se puede improvisar: es un arte, requiere la aplicación del sacerdote, es decir, la frecuencia asidua del fuego del amor que el Señor vino a traer a la tierra (cfr. *Lc 12,49*).

58. Cuando la primera comunidad parte el pan en obediencia al mandato del Señor, lo hace bajo la mirada de María, que acompaña los primeros pasos de la Iglesia: “perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús” (*Hch 1,14*). La Virgen Madre “supervisa” los gestos de su Hijo encomendados a los Apóstoles. Como ha conservado en su seno al Verbo hecho carne, después de acoger las palabras del ángel Gabriel, la Virgen conserva también ahora en el seno de la Iglesia aquellos gestos que conforman el cuerpo de su Hijo. El presbítero, que en virtud del don recibido por el sacramento del Orden repite esos gestos, es custodiado en las entrañas de la Virgen. ¿Necesitamos una norma que nos diga cómo comportarnos?

59. Convertidos en instrumentos para que arda en la tierra el fuego de su amor, custodiados en las entrañas de María, Virgen hecha Iglesia (como cantaba san Francisco), los presbíteros se dejan modelar por el Espíritu que quiere llevar a término la obra que comenzó en su ordenación. La acción del Espíritu les ofrece la posibilidad de ejercer la presidencia de la asamblea eucarística con el temor de Pedro, consciente de su condición de pecador (cfr. *Lc* 5,1-11), con la humildad fuerte del siervo sufriente (cfr. *Is* 42 ss), con el deseo de “ser comido” por el pueblo que se les confía en el ejercicio diario de su ministerio.

60. La propia celebración educa a esta cualidad de la presidencia; repetimos, no es una adhesión mental, aunque toda nuestra mente, así como nuestra sensibilidad, estén implicadas en ella. El presbítero está, por tanto, formado para presidir mediante las palabras y los gestos que la Liturgia pone en sus labios y en sus manos.

No se sienta en un trono [18], porque el Señor reina con la humildad de quien sirve.

No roba la centralidad del altar, *signo de Cristo, de cuyo lado, traspasado en la cruz, brotó sangre y agua, inicio de los sacramentos de la Iglesia y centro de nuestra alabanza y acción de gracias* [19].

Al acercarse al altar para la ofrenda, se enseña al presbítero la humildad y el arrepentimiento con las palabras: «Acepta, Señor, nuestro corazón contrito y nuestro espíritu humilde; que este sea hoy nuestro sacrificio y que sea agradable en tu presencia, Señor, Dios nuestro» [20].

No puede presumir de sí mismo por el ministerio que se le ha confiado, porque la Liturgia le invita a pedir ser purificado, con el signo del agua: «Lava del todo mi delito, Señor, y limpia mi pecado» [21].

Las palabras que la Liturgia pone en sus labios tienen distintos significados, que requieren tonalidades específicas: por la importancia de estas palabras, se pide al presbítero un

verdadero *ars dicendi*. Éstas dan forma a sus sentimientos interiores, ya sea en la súplica al Padre en nombre de la asamblea, como en la exhortación dirigida a la asamblea, así como en las aclamaciones junto con toda la asamblea.

Con la plegaria eucarística –en la que participan también todos los bautizados escuchando *con reverencia y silencio* e interviniendo con *aclamaciones* [22]– el que preside tiene la fuerza, en nombre de todo el pueblo santo, de recordar al Padre la ofrenda de su Hijo en la última cena, para que ese inmenso don se haga de nuevo presente en el altar. Participa en esa ofrenda con la ofrenda de sí mismo. El presbítero no puede hablar al Padre de la última cena sin participar en ella. No puede decir: «Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros», y no vivir el mismo deseo de ofrecer su propio cuerpo, su propia vida por el pueblo a él confiado. Esto es lo que ocurre en el ejercicio de su ministerio.

El presbítero es formado continuamente en la acción celebrativa por todo esto y mucho más.

* * *

61. He querido ofrecer simplemente algunas reflexiones que ciertamente no agotan el inmenso tesoro de la celebración de los santos misterios. Pido a todos los obispos, presbíteros y diáconos, a los formadores de los seminarios, a los profesores de las facultades teológicas y de las escuelas de teología, y a todos los catequistas, que ayuden al pueblo santo de Dios a beber de la que siempre ha sido la fuente principal de la espiritualidad cristiana. Estamos continuamente llamados a redescubrir la riqueza de los principios generales expuestos en los primeros números de la *Sacrosanctum Concilium*, comprendiendo el íntimo vínculo entre la primera Constitución conciliar y todas las demás. Por eso, no podemos volver a esa forma ritual que los Padres Conciliares, *cum Petro* y *sub Petro*, sintieron la necesidad de

reformular, aprobando, bajo la guía del Espíritu y según su conciencia de pastores, los principios de los que nació la reforma. Los santos Pontífices Pablo VI y Juan Pablo II, al aprobar los libros litúrgicos reformados *ex decreto Sacrosancti Œcumenici Concilii Vaticani II*, garantizaron la fidelidad de la reforma al Concilio. Por eso, escribí *Traditionis custodes*, para que la Iglesia pueda elevar, en la variedad de lenguas, una única e idéntica oración capaz de expresar su unidad [23]. Esta unidad que, como ya he escrito, pretendo ver restablecida en toda la Iglesia de Rito Romano.

62. Quisiera que esta carta nos ayudara a reavivar el asombro por la belleza de la verdad de la celebración cristiana, a recordar la necesidad de una auténtica formación litúrgica y a reconocer la importancia de un arte de la celebración, que esté al servicio de la verdad del misterio paschal y de la participación de todos los bautizados, cada uno con la especificidad de su vocación.

Toda esta riqueza no está lejos de nosotros: está en nuestras iglesias, en nuestras fiestas cristianas, en la centralidad del domingo, en la fuerza de los sacramentos que celebramos. La vida cristiana es un continuo camino de crecimiento: estamos llamados a dejarnos formar con alegría y en comunión.

63. Por eso, me gustaría dejaros una indicación más para proseguir en nuestro camino. Os invito a redescubrir el sentido del año litúrgico y del día del Señor: también esto es una consigna del Concilio (cfr. *Sacrosanctum Concilium*, nn. 102-111).

64. A la luz de lo que hemos recordado anteriormente, entendemos que el año litúrgico es la posibilidad de crecer en el conocimiento del misterio de Cristo, sumergiendo nuestra vida en el misterio de su Pascua, mientras esperamos su vuelta. Se trata de una verdadera formación continua. Nuestra vida no es una sucesión casual y caótica de acontecimientos, sino un camino que, de Pascua en Pascua,

nos conforma a Él *mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo* [24].

65. En el correr del tiempo, renovado por la Pascua, cada ocho días la Iglesia celebra, en el domingo, el acontecimiento de la salvación. El domingo, antes de ser un precepto, es un regalo que Dios hace a su pueblo (por eso, la Iglesia lo protege con un precepto). La celebración dominical ofrece a la comunidad cristiana la posibilidad de formarse por medio de la Eucaristía. De domingo a domingo, la Palabra del Resucitado ilumina nuestra existencia queriendo realizar en nosotros aquello para lo que ha sido enviada (cfr. *Is 55,10-11*). De domingo a domingo, la comunión en el Cuerpo y la Sangre de Cristo quiere hacer también de nuestra vida un sacrificio agradable al Padre, en la comunión fraterna que se transforma en compartir, acoger, servir. De domingo a domingo, la fuerza del Pan partido nos sostiene en el anuncio del Evangelio en el que se manifiesta la autenticidad de nuestra celebración.

Abandonemos las polémicas para escuchar juntos lo que el Espíritu dice a la Iglesia, mantengamos la comunión, sigamos asombrándonos por la belleza de la Liturgia. Se nos ha dado la Pascua, conservemos el deseo continuo que el Señor sigue teniendo de poder comerla con nosotros. Bajo la mirada de María, Madre de la Iglesia.

Dado en Roma, en San Juan de Letrán, a 29 de junio, solemnidad de los Santos Pedro y Pablo, Apóstoles, del año 2022, décimo de mi pontificado.

FRANCISCO

VARIOS

MONS. ARGÜELLO, ARZOBISPO DE VALLADOLID

El viernes 17 de junio de 2022 Mons. Luis Javier Argüello García fue nombrado arzobispo de Valladolid. Desde 2010 era arzobispo de Valladolid el cardenal Ricardo Blázquez Pérez, quien seguirá al frente de la diócesis como administrador apostólico hasta el 30 de julio. Ese día, Mons. Luis Javier Argüello tomará posesión como nuevo arzobispo de la archidiócesis.

Para nuestra diócesis de Segovia es un motivo de alegría porque va a ser nuestro Arzobispo Metropolitano un personaje muy conocido y cercano a nosotros. Han sido muchos años de encuentros y contactos con él por muy diversas razones.

Mons. Luis Javier Argüello García nació el 16 de mayo de 1953 en Meneses de Campos (Palencia). Estudió en Valladolid, en el colegio de los Hermanos de La Salle y luego en la Universidad, donde obtuvo la Licenciatura en Derecho Civil. Cursó los estudios eclesiásticos en el centro de los PP. Agustinos en Valladolid.

Fue ordenado sacerdote el 27 de septiembre de 1986 para la archidiócesis de Valladolid, donde ha desempeñado los siguientes cargos: formador en el seminario diocesano; vicario episcopal de la ciudad y miembro del consejo episcopal, durante tres etapas; delegado de Pastoral Vocacional; moderador de la capellanía del Monasterio de la “Concepción del Carmen”; rector del seminario diocesano y miembro electo de la Comisión Permanente del Consejo Presbiteral.

Hasta su nombramiento episcopal, fue vicario general y moderador de la Curia diocesana; miembro del colegio de consultores; miembro de la Comisión Permanente del Consejo Presbiteral; miembro del Consejo de Asuntos Económicos y del Consejo Episcopal; miembro de la Comisión Permanente del Consejo Pastoral y miembro de la Comisión para el Diaconado Permanente.

El 14 de abril de 2016 el papa Francisco le nombró obispo auxiliar de la archidiócesis de Valladolid. Recibió la ordenación episcopal el 3 de junio del mismo año.

El 21 de noviembre de 2018 fue elegido secretario general de la Conferencia Episcopal Española para el quinquenio 2018-2023. Es miembro, por tanto, de la Comisión Permanente de la CEE y de la Comisión Ejecutiva de la CEE, donde ha sido miembro de la Comisión Episcopal de Pastoral y de la Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades.

Desde nuestra Diócesis de Segovia le felicitamos, le deseamos un pontificado fructífero y nos ponemos a su disposición para ayudarlo en las tareas pastorales de esta provincia eclesial. *Stet et pascat in fortitudine tua Domine.*

LA VIRGEN DEL HENAR PEREGRINA

En el Boletín anterior dábamos cuenta de la portentosa peregrinación de la Virgen del Henar por tantos y tantos pueblos en los meses de enero, febrero y marzo. Ahora damos relación de los pueblos visitados entre abril y junio.

Estos han sido: San Martín y Mudrián, Navalmanzano, Zarzuela del Pinar, Pinarejos, Gomezserracín, Sanchonuño, Fuente el Olmo de Fuentidueña, Villaverde de Íscar, Íscar, Dehesa Mayor, Dehesa de Cuéllar, Lovingos, Fuentes de

Cuéllar, Escarabajosa de Cuéllar, Chatún, Campo de Cuéllar, Arroyo de Cuéllar y Cuéllar.

La respuesta ha seguido siendo en cada pueblo la de un fervor inusitado, una fiesta desbordante y una emoción excepcional. La presencia de la Virgen ha movido y conmovido a cientos de corazones y se han producido notables reconciliaciones. Algo nuevo ha renacido.

Pero ha habido también otra celebración extraordinaria por la feliz coincidencia de los 50 años de la Coronación canónica dentro del Año jubilar. El día 25 de junio hizo una vez historia la Virgen del Henar. Se comenzó a las 12 de la mañana con una solemne concelebración eucarística, presidida por nuestro Obispo emérito, Mons. Ángel Rubio Castro, quien tuvo una encendida y vibrante homilía muy acorde con la efemérides que se celebraba y al final de la Misa ofreció su cruz pectoral a la Virgen y se la impuso entre los aplausos de los numerosos fieles que asistían desde la pradera, lugar en que tuvo lugar el acto.

Asistieron entre los fieles el Presidente y el Vicepresidente de la Diputación Provincial, el Alcalde de Cuéllar acompañado de varios concejales y otros alcaldes de la Comunidad de Villa y Tierra.

Concelebraron el Rector del Santuario don Carlos Miguel García, el Párroco de Cuéllar don Fernando Mateo, el Vicario para el clero don Ángel García Rivilla, el Canciller del Obispado don Alfonso M^a Frechel y el P. Agustino Ismael Arealillo.

Seguidamente tuvo lugar una Procesión con la imagen original, portada en andas, con los consabidos bailes de jotas al son de la dulzaina y el tamboril. Se concluyó ante la escalinata del Santuario con el canto de la Salve popular. Una jornada gozosa y piadosa que queda para la historia del Henar.

BODAS JUBILARES SACERDOTALES

La fiesta de San Juan de Ávila, el día 10 de mayo, reunió un año más a todo el presbiterio diocesano para celebrar al Santo y felicitar a los sacerdotes en sus bodas jubilaires.

Bodas de platino con 65 años de sacerdocio: Don Jesús Sanz Sacristán, Don Esteban Tejedor Casas, Don Lorenzo Gómez Palomo y Don Rafael San Cristóbal Martín.

Bodas de diamante con 60 años: Don Ildefonso Asenjo Barbolla.

Bodas de oro con 50 años: Don Ángel Miguel Alonso Arranz, Don Ángel Galindo García y Don José Antonio Velasco Pérez.

Bodas de plata con 25 años: Don Germán Eugenio Huayaney Toledo y Don Henri Tshpamba Mukala.

Estos sacerdotes dieron un testimonio de su trayectoria pastoral en la sala de reuniones de la Casa sacerdotal y después concelebraron la Eucaristía con el Sr. Obispo y con la asistencia de los demás sacerdotes y numerosos fieles que llenaron la gran iglesia del Seminario.

En la comida fraterna los homenajeados invitaron a los comensales con un postre especial y ellos fueron obsequiados al final con un recuerdo de la fecha. Con este gozoso encuentro todos disfrutaron y se sintieron más unidos en su sacerdocio.

